

BOLSILIBROS

Oeste

de

OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

MORIR ES PARA SIEMPRE



Lectulandia

Ella habría preferido ser rubia en lugar de pelirroja, pero ¡qué se le iba a hacer!, nadie es perfecto. Tal vez, si no hubiera sido pelirroja, no habría tenido aquellas pecas sobre la nariz. Pocas, pero allá estaban. De todos modos, no la afeaban en absoluto. Al contrario, según uno de sus vecinos, el simpático señor Barfield, le daban un aire gracioso y juvenil.

Lectulandia

Lou Carrigan

Morir es para siempre

Oeste legendario - 7

ePub r1.0

Titivillus 06-08-2019

Título original: *Morir es para siempre*
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

MORIR ES PARA SIEMPRE

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

Janice Merrit se contempló por última vez en el espejo del vestíbulo de su casa, y tuvo que aceptar una vez más lo que todos decían: era muy bonita.

Ella habría preferido ser rubia en lugar de pelirroja, pero ¡qué se le iba a hacer!, nadie es perfecto. Tal vez, si no hubiera sido pelirroja, no habría tenido aquellas pecas sobre la nariz. Pocas, pero allá estaban. De todos modos, no la afeaban en absoluto. Al contrario, según uno de sus vecinos, el simpático señor Barfield, le daban un aire gracioso y juvenil.

¡Valiente cosa, un aire juvenil! ¿Qué otro aire había de tener, recién cumplidos los dieciocho años? ¡El señor Barfield decía cada tontería algunas veces!

Pero bueno, dejando aparte lo de las pecas, que al parecer sólo la disgustaban a ella misma, Janice era verdaderamente preciosa. Su roja cabellera contrastaba con su epidermis blanca, satinada. Y también la boca, roja y algo grande; no demasiado, lo justo para resultar... apetitosa. Muy apetitosa. Ah, pero lo más bonito de Janice Merrit eran los ojos, grandes y resplandecientes, y por fortuna no verdes, como solían tenerlos todas las pelirrojas. ¡Gracias a Dios, sus ojos no eran verdes! Tenían un bonito color como dorado. Sí, como si fuesen de oro.

En cuanto al cuerpo, no podía ser más espléndido. Pero allá estaban otra vez las malditas pecas, justamente sobre la deliciosa curva turgente, un poquito por encima de los pezones. Si hubieran estado un poco más arriba, Janice no habría podido lucir ni la más pequeña porción de escote, pues no le gustaba tener pecas. ¡Y en un sitio tan... íntimo! Claro que precisamente por eso no la preocupaban tanto como las de la nariz. Las de la nariz podía verlas todo el mundo, pero las de los pechos...

Janice se sonrojó al pensar en esto. ¡Claro que las pecas de sus pechos no iban a verlas todo el mundo! Se suponía que esas pecas solamente las vería una sola persona durante toda su vida: el hombre que se casara con ella. Si es que alguna vez se casaba, porque Sidney Merrit, su padre, tenía unas

grandiosas exigencias al respecto. El señor Barfield había bromeado una vez con su padre sobre el particular:

—Bueno, Sidney, tal como estás enfocando el asunto creo que tu hija no se casará jamás. A menos, claro está, que la lleves de viaje a Europa. Es que ¿sabes?, los reyes y los príncipes están allá no creo que encuentres ninguno en Texas.

—¿Quién sabe? —había reído Sidney Merrit—. ¡Tal vez sí que vayamos a Europa alguna vez!

¡Qué tontería, ir a Europa! ¡Como si en Texas no hubiera hombres que...!

De nuevo se sonrojó Janice. Bueno, como fuera, ella era muy bonita. A los dieciocho años, su cuerpo estaba completa y bellamente formado. Era toda una tentación, y Janice lo sabía. Muchas veces había visto a los vaqueros del rancho mirándola de reojo, y sus expresiones la habían turbado. Algunos, que llevaban años en el rancho y la habían conocido cuando todavía era una niña, la miraban ahora como desconcertados, ensimismadas. Aquellos pechos henchidos, la suave y firme curva de las caderas, la esbelta cintura...

«Estoy pensando cosas que no debiera», se dijo Janice, dejando de mirarse al espejo.

Se volvió, cruzó el vestíbulo, y salió de la casa. Desde el amplio porche miró a todos lados. No quedaba nadie en el rancho, prácticamente. Bueno, el cocinero, los criados de la casa... Todos los vaqueros estaban en los pastos, con su padre.

Era media mañana, pero hacía ya un sol de cien mil demonios. Janice lo notó en su rostro y en la parte que se atrevía a mostrar de su escote cuando bajó del porche y se dirigió a las cuadras, situadas entre la casa y el barracón de los vaqueros, a unos sesenta o setenta metros de la casa... Oh, por supuesto, Trevor Dasch estaría en las cuadras, naturalmente, pues estaba al cuidado de ellas, y nunca iba a parte alguna. Ni siquiera al pueblo con los demás vaqueros los sábados por la noche, a divertirse un poco. Trabajaba en las cuadras, vivía en las cuadras, y eso era todo.

Cuando entró en el gran establo, todavía deslumbrada por el sol, Janice vio a Trevor Dasch, a unos cinco o seis metros de ella. Estaba desnudo de cintura para arriba, removiéndolo con una horquilla un montón de heno. Al resplandor difuso del sol su sudoroso torso se tensaba y se abultaba a cada gesto bajo la quemada piel. Trevor Dasch tenía una musculatura absolutamente impresionante; la primera vez que la había visto, algunas semanas antes, Janice Merrit había quedado estupefacta.

Trevor Dasch había vuelto la cabeza, y al verla se apresuró a dejar la horquilla y a recoger su camisa, que se puso precipitadamente. Sólo entonces se acercó a la muchacha, que una vez más constató la leve cojera en su pierna izquierda.

—Buenos días, señorita Merrit —saludó Dasch—. ¿Puedo servirla en algo?

—Buenos días, Trevor —sonrió la muchacha—. Trabajando, como siempre.

—Para eso me pagan —murmuró Dasch.

El resplandor del sol parecía llenar de luz los grises ojos de Trevor Dasch y creaba reflejos en su tupida barba rubia, que no alcanzaba a ocultar la cicatriz sobre el pómulo derecho, entre éste y el ojo. Los cabellos de Dasch, como una selva indomable, caían en una dorada cascada hacia los hombros y sobre los ojos. Eran unas greñas densas y revueltas, y sobre ellas cabalgaban como hebras de oro unas cuantas briznas de paja.

Con frecuencia, Janice Merrit se había preguntado cuántos años debía tener Trevor Dasch. ¿Veinte, treinta, cuarenta...? La firmeza de su musculatura podía situarlo alrededor de los treinta años. Pero aquellos ojos, aquel rostro barbudo, aquella mirada quieta, serena, impenetrable, podía corresponder a un hombre de bastante más edad. ¿Cómo sería Trevor Dasch afeitado, bañado y con ropas nuevas y limpias? La gran incógnita.

En realidad, todo era una incógnita en toro a Trevor Dasch. Había llegado al rancho siete u ocho semanas atrás, había pedido trabajo, y cuando Jim, el capataz, tras mirarlo unos segundos fijamente a los ojos le dijo que sólo tenía un sitio en las cuadras, había aceptado, simplemente. Y allá estaba, demostrando desde el primer momento que se ganaba sobradamente el sueldo.

Olía a estiércol. Todo Trevor Dasch olía a estiércol.

—Por lo que he oído —dijo por fin Janice—, no le pagan lo suficiente.

Dasch se desconcertó.

—No comprendo. ¿Quiere usted decir que ha oído que me he quejado?

—¡No, no, de ninguna manera! Simplemente... dicen que trabaja usted por dos hombres.

—Ah. Bueno, no fue fácil para un hombre, como yo encontrar un empleo, señorita Merrit, y ya que encontré alguien que me lo dio, creo que debo hacerle quedar bien.

—¿Qué ha querido decir con eso de un hombre como usted?

—Bueno, ya me está viendo. —Pues sí, pero no comprendo.

—No inspiro confianza.

—¡Qué tontería! —exclamó Janice.

Trevor Dasch parpadeó lentamente.

—Es usted muy amable —murmuró—. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Le ensillo el caballo?

—No, no. En realidad sólo he venido a charlar un poco con usted. Bueno, quiero decir —se sonrojó intensamente—, a darle algunas instrucciones para... para el domingo. Claro que no tiene usted que quedarse trabajando el domingo, así que le... le diré a papá que le dé una... una cantidad extra. ¡Si es que quiere quedarse!

—Si usted lo desea, me quedaré. ¿Es sobre las visitas que vendrán el domingo por la tarde?

—Si. El último domingo de cada mes las familias de algunos ranchos cercanos nos reunimos en una de las casas, para charlar de todo un poco. Este mes toca aquí, en casa. Me gustaría que cuando lleguen nuestros amigos usted atiende bien sus caballos, Trevor. Con este calor tendrán sed, y creo... creo que les gustará estar a la sombra.

—Me ocuparé de ellos con todo interés —chispearon unas lucecitas en los ojos de Dasch—. Tendrán agua, sombra y paja fresca. No se preocupe: la hospitalidad de los Merrit no quedará en entredicho por mi culpa.

—Bueno, pero si tenía algún compromiso...

—Ninguno. No salgo casi nunca del rancho.

—¿Por qué? —se le escapó rápidamente la pregunta a Janice.

—No tengo nada que hacer en ningún otro lugar.

—Pero tengo entendido que los muchachos lo pasan muy bien en Sheffield. ¿A usted no le gusta divertirse?

—Ya me divierto a mi manera.

—¿Qué manera?

—Pienso cosas.

—¿Se divierte pensando?

—Así es.

—Deben ser unos pensamientos... muy interesantes.

—Para mí, sí.

—Oh, por supuesto. Bu-bueno, ya... ya le he dicho lo de los invitados, así que...

—Quede tranquila. Me entiendo muy bien con los caballos, así que cuando se marchen de aquí estarán deseando volver.

A Janice le pareció que había una cierta socarronería en Trevor Dasch, y se turbó. Miró hacia el suelo, y vio las viejas botas manchadas de estiércol y

de orines de caballo. Cuando volvió a mirar a Dasch a los ojos, éste permanecía impassible, impenetrable.

—¿No le gustaría más... trabajar como vaquero? —susurró Janice.

—Ya lo creó que sí —asintió enérgicamente Dasch— pero eso es imposible para mí, debido a mi rodilla. Cuando llevo cabalgando más de diez millas empiezo a sentir un dolor insoportable. Y si digo insoportable es que es insoportable. De modo que no podría pasarme el día a caballo, como hacen los muchachos.

—Sí, claro. ¿Qué... qué le pasó en la rodilla?

—Me coceó un caballo, y desde entonces casi nunca funciona bien.

—Lo siento mucho. ¿Y en la...? Bueno, esa cicatriz...

Trevor Dasch se llevó lentamente dos dedos a la cicatriz sobre el pómulo.

—Me caí un día y me abrí el pómulo contra una piedra.

—¡Qué mala suerte!

—Sí, pero menos de lo que parece. El caballo que me coceó podía haberme matado si me hubiera acertado en otro sitio de mi cuerpo, y la cabeza bien, podría habérmela roto cuando caí. De modo que son puntos de vista. Digamos que tengo suerte de estar vivo.

—Sí, es verdad.

—Sin duda.

Dasch se puso las manos en la cintura, y movió la cabeza con un gesto felino que hizo oscilar sus greñas. Janice Merrit sintió un súbito y terrible vacío en el estómago. Trevor Dasch había entornado los párpados, y ahora sus ojos parecían como de agua gris reflejando la luz del sol aquel resplandor que llegaba hasta el fondo de la cuadra.

Janice buscaba desesperadamente algo que decir, pero no se le Ocurría nada. De pronto, de un modo absurdo, pensó que él estaba mirando sus pecas con mucha atención, y volvió a sonrojarse. Se llevó una mano a la nariz, como queriendo ocultar las pecas; Trevor Dasch sonrió.

Por primera vez desde que lo conocía lo vio sonreír. Fue como un veloz destello de aguas grises y de blancos dientes fortísimos. Seguro que él había adivinado el motivo de su gesto, seguro... Era la primera vez que estaban uno frente al otro durante más de cinco segundos, y Janice comenzaba a arrepentirse de su decisión de aquella mañana. Se sentía como... como desnuda ante aquella quieta y serena mirada. Llevó la otra mano al escote, pensando en las pecas que adornaban sus bonitos pezones. Ahora le ardía el rostro.

Deseó que él dijera algo, cualquier cosa; pero Trevor Dasch permanecía en silencio, mirándola, y eso era todo.

—Bu-bueno —tartamudeó Janice— ya... ya no le entretengo más, Trevor. Le estoy... molestando.

—No.

De buena gana Janice habría dado media vuelta y habría salido corriendo de la cuadra, pero tenía la sensación de que sus pies eran de plomo. Todo su cuerpo le parecía de plomo en aquel momento. Era una nueva y terrible sensación en su vida.

—Llega alguien —dijo de pronto Dasch—. Con su permiso, voy a ver si me necesitan para algo.

—Sí, sí.

Dasch pasó junto a Janice inundándola con su «perfume» de cuadras. La muchacha dio por fin media vuelta, y caminó en pos de Dasch. En efecto, un jinete llegaba justo entonces ante las cuadras, y Dasch acudió a su encuentro. Conocía al hombre: George Barfield, uno de los vecinos de los Merrit, un rico ganadero alto y grueso, de rolliza papada y ojos azul claro; debía tener casi cincuenta años, pero su aspecto era magnífico, rebosaba salud y dinero. Pero no agilidad, ciertamente, pues desmontó con visible pesadez y precaución.

—Buenos días, señor Barfield —saludó Dasch—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí, gracias. Mi caballo... ¡Janice!

Barfield se quedó mirando estupefacto a la muchacha, que salía en aquel momento a pleno sol, todavía turbada.

—Hola, señor Barfield —saludó.

—Pero criatura..., ¿de dónde sale usted? —se pasmó el visitante.

—De las cuadras, claro.

—¿Y qué hacía ahí dentro? —Barfield parecía aterrado.

—Estaba hablando con Trevor.

—¿Hablando con...? ¡Cielos, qué barbaridad! —Barfield se acercó presurosamente a Janice, y la tomó de un brazo—. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer una cosa semejante? ¡Usted no tiene que entrar en las cuadras, querida! ¡Huelen muy mal!

—Pues tengo entendido que es la más limpia del condado —quiso sonreír Janice.

—Vamos, vamos, déjese de tonterías... Y usted, ¿qué hace ahí parado? ¡Dele de beber a mi caballo!

Trevor Dasch que ya tenía en una mano las bridas del caballo, echó a andar hacia las cuadras, llevando tras él al animal.

—¿Qué le pasa? —masculló Barfield—. ¿Es usted mudo?

Dasch se detuvo.

—No señor —dijo suavemente.

—¡Pues conteste!

—Ya lo estaba haciendo, señor: llevo su caballo a beber. Para mí, eso es una respuesta.

—¡Pero qué demonios se ha creído...!

—Señor Barfield —intervino Janice—, venga a la casa. Papá no está, pero yo le atenderé con mucho gusto... Aunque no creo que haya venido a verme a mí, ¿verdad?

Fruncido el ceño, Barfield desvió la mirada de los ojos de Dasch, miró a la muchacha, y sonrió de pronto.

—¿Por qué no querida? Me gusta más su carita que la de ese malgeniado de Sidney Merrit.

—Es usted muy amable —consiguió reír Janice—. ¿Le apetece un cale? ¿O algún refresco? Le diremos a Julie que...

Se alejaron, conversando. Trevor Dasch permanecía inmóvil, mirando la mano de George Barfield en el brazo de Janice Merrit. El caballo pialo ansioso, y Barfield se volvió.

—¿Qué está esperando? —gruñó—. ¡Dele de beber! Y desensíllelo y refrésquelo un poco.

Trevor Dasch se metió en la cuadra con el caballo. George Barfield miró todavía irritado a Janice.

—¡Qué hombre tan desagradable! —exclamó—. ¡No entiendo que usted estuviera hablando con él! ¡Es increíble!

—Vamos, no exagere, señor Barfield —rió Janice con no poco esfuerzo—. Trevor es una persona como otra cualquiera, ¿no?

—¿De veras piensa eso? —se pasmó Barfield—. ¡Realmente es usted extraordinaria, querida! Y dígame: ¿qué tenían que decirse usted y un tipejo semejante?

—Oh, era sobre el domingo. Le decía que... No tiene importancia, era sobre el trabajo de Trevor. Ha sido tan amable de aceptar hacerse cargo de los caballos y los carruajes el domingo por la tarde. Supongo que recuerda, usted qué tendremos aquí la reunión mensual.

—Por supuesto. Y precisamente venía a disculparme por no poder asistir, Janice.

—¡Pero si estaremos todos! ¡No puede usted faltar!

—Tengo cosas que resolver en México. Supongo que ya sabe usted que tengo intereses al otro lado de la frontera. Bueno, poca cosa... Compré un ranchito a un mexicano, y estoy viendo el mejor modo de explotarlo... Oh, pero dejemos eso son sólo negocios. ¡Está usted guapísima esta mañana!

—¿Sí? —rió Janice—. ¡Muchas gracias! Pero le aseguro que todavía lo estaré más el domingo por la tarde. ¡Vamos, señor Barfield no me diga que estará usted ausente!

—Ésa era mi intención —sonrió Barfield—, pero si continúa usted mirándome de ese modo con sus ojos...

La carcajada de Janice Merrit llegó, nítida, hasta la cuadra, en cuyo interior Trevor Dasch estaba desensillando el caballo de George Barfield ante el abrevadero, mientras el animal bebía. Ni un solo músculo se movió en el rostro de Dasch. Simplemente, volvió la mirada hacia la puerta de la cuadra, como si pudiera ver allí algo más que el resol.

Luego miró al caballo, y sonrió secamente.

—Amigo, tu amo es de esos tipos que necesitarían recibir de cuando en cuando una buena lección, ¿lo sabías? Pero como tú no tienes la culpa de nada, te voy a tratar como a un rey. Nadie se va descontento de la cuadra de Trevor Dasch, ¿comprendes?

CAPÍTULO II

Tumbado sobre un montón de paja limpia Trevor Dasch oía como si sonara allí mismo, dentro de la cuadra, las risas de las muchachas. Era domingo por la tarde, y, tal como estaba previsto hacía tiempo, los amigos y vecinos de los Merrit habían acudido a la fiesta mensual en casa de uno de ellos.

Esto era corriente, pues por lo general, dadas las dilatadas distancias que separaban unos ranchos de otros, los ganaderos no tenían muchas ocasiones para relacionarse y contarse sus cosas personales o hablar de negocios.

De vez en cuando llegaba una voz de hombre a la cuadra, pero eran las risas de las chicas las que más y mejor se oían. Cigarrillo en los labios, entornando los ojos. Trevor Dasch se las imaginaba, sentadas aparte de los mayores, cuchicheando cosas misteriosas y riendo de vez en cuando maliciosamente. Bueno, eran mujeres.

Preciosas jovencitas todas ellas, en realidad. Las había visto a medida que iban llegando, a caballo o en carruajes, que él había acomodado. No señor, ningún caballo se marcharía de la cuadra de Trevor Dasch. Y seguro que tampoco los invitados de los Merrit se irían descontentos de la fiesta, pues el señor Merrit que tenía un carácter un tanto agrio, era por otro lado, y sin lugar a la menor duda, un hombre amable y generoso, cuando todo se hacía a su gusto.

Por ejemplo, le había ofrecido a él diez dólares extras por cuidar de los caballos y coches de sus invitados.

Diez dólares.

Lástima que la fiesta mensual no se celebrase siempre en el rancho de los Merrit. Lástima.

«Me estoy convirtiendo en un avaro —pensó Trevor—. Y a fin de cuentas nunca tendré tanto dinero como cualquiera de esas personas que hay ahí fuera. Y aunque llegara a tenerlo, nunca sería como ellos».

Sabía muy bien que hay cosas que se ven. Por ejemplo, la persona que siempre ha tenido dinero se diferencia de la que llega a tenerlo algún día a base de sacrificios y esfuerzos de toda clase. Como cuidar caballos de otros.

Si algún día llegaba a conseguir sus propósitos, Trevor sabía que nunca tendría el mismo aspecto que el señor Merrit, por ejemplo. O que el altivo George Barfield, a quien, en efecto, algún día le sentaría bien una buena lección. O que el señor Braxton, posiblemente el más rico ganadero del condado. Y si llegaba a casarse, Trevor sabía que su esposa no tendría el aspecto de la señora Merrit la señora Braxton, o la señora Abbot, pongamos por caso.

«No hay que soñar con las estrellas», —se dijo filosóficamente.

Pero allá afuera, con sus padres, hermanos y algunos amigos o pretendientes, había un grupito de estrellas que reían, y que hacían soñar a Trevor Dasch. Por ejemplo, distinguía perfectamente la risa de la señorita Merrit de entre las demás risas. Y si cerraba los ojos, veía perfectamente a Janice Merrit tal como había aparecido aquella tarde para recibir a sus invitados y amigos: con un precioso vestido blanco que casi parecía de novia un sueño. Un sueño imposible. Tres o cuatro muchachos de los invitados, esto es, hijos de ganaderos, habían asediado en el acto a la señorita Merrit. Y hasta el maduro señor Barfield el tipo desagradable, la miraba de un modo poco... adecuado.

«Esto es —se dijo Trevor—: poco adecuado. Pero hay que disculpar a ese hombre, porque la señorita Merrit es... es...».

¿Preciosa?

¿Bellísima?

¿Angelical?

¿Divina?

Bueno, todo junto, decidió Dasch. Sí, señor, todo junto.

Había estado mirando hasta poco antes la fiesta, que se celebraba en la explanada frente a la casa, bajo la sombra de los frondosos robles. Se habían colocado mesas, bebidas, viandas, refrescos, bonitos sillones de rejilla. Hacía mucho calor, bajo aquel sol de cien mil demonios, y las dos docenas de personas que se habían reunido en Merrit Ranch habían aceptado encantadas la celebración de la reunión en el exterior...

Por entre los entornados párpados, Dasch vio la sombra que desde la puerta de la cuadra se alargó hacia el interior. Abrió completamente los ojos, y se sentó en la paja. Por el contorno del cuerpo supo quién era la persona que estaba en la puerta. Se puso en pie, y se acercó rápidamente.

—Señorita Merrit... ¿Desea alguna cosa?

El vestido blanco de Janice era discretamente escotado, pero suficiente. Su blanca carne parecía tensa seda en los bordes de los pechos que se agitaron

suavemente cuando la muchacha alzó ambos brazos.

—He venido a traerle algo de beber, Trevor... ¿O no bebe usted?

Dasch se quedó mirando el vaso y la botella que le ofrecía la muchacha. Él olía a estiércol. Ella a perfume.

—Es usted muy amable, señorita Merrit. —Apuesto a que estaba pensando— rió ella.

—Pues sí. Sí, en efecto, estaba pensando.

—Cosas interesantes, por supuesto.

—Para mí lo son. No ha debido molestarle usted en...

—¡Oh, claro que sí! Bueno, pero si no bebe...

—Cuando me convidan, sí.

—¿Y si no le convidan?

—Guardo mi dinero para cosas que deseo más que beber.

—¿Qué... qué cosas?

—Bueno, tonterías muchas. Le agradezco mucho su atención. Me serviré un poco de *whisky*.

—No, no. Quédese la botella, así tendrá para otras veces sin necesidad de gastar su dinero. Es decir... Bueno...

—Tranquílcese: no soy de los que se beben la botella de una vez. Me durará mucho tiempo. Mil gracias, señorita Merrit.

—Temí... que no la aceptase.

—No veo por qué. Yo trabajo para ustedes, usted es amable y considerada, y ha querido obsequiarme. Es un bonito detalle que no tengo por qué despreciar.

—Claro. Bien...

—¡Janice! —llegó la voz de Lucy Abbot—. ¡Oh, vamos, vuelve aquí, tenemos que terminar el juego!

—Parece que es usted indispensable —murmuró Dasch, con el vaso en una mano y la botella en la otra.

—Estamos... estarnos jugando a las prendas. ¿Ha jugado usted alguna vez a las prendas?

—Me temo que no —sonrió Dasch.

—Sí la... la verdad es que no me lo imagino jugando a eso. Es una tontería, ¿verdad?

—Claro que no. Es una distracción simpática.

—¿Eso piensa realmente?

—Realmente.

—¡Janice! —llegó ahora otra voz de muchacha—. ¿Quieres venir de una vez? ¡Deja de perder el tiempo!

Janice Merrit enrojeció al oír esto. Frente a ella, y pese a que el rostro de Janice estaba en casi penumbra. Dasch se dio cuenta, y sonrió de nuevo.

—No se preocupe —dijo amablemente—: no me siento humillado ni ofendido.

—Lo siento —murmuró ella—. Helen no suele ser así. Ha sido una... una frase desafortunada.

—Naturalmente. Gracias por la botella.

Janice dio media vuelta, y se alejó precipitadamente, Trevor Dasch volvió a sentarse, miró socarronamente el vaso, lo dejó a un lado, y bebió un trago directamente de la botella. ¡A las prendas! Esto sí era algo chocante.

Fuera, Janice llegaba ante su grupo de amigos y amigas que la miraban impaciente.

—¡Se te ocurre cada cosa! —exclamó Betty Shields—. ¿Qué necesidad tenías de invitar a ese hombre? ¡Es muy desagradable!

Janice miró atónita a Betty Shields. ¿Trevor desagradable? Bueno, tal vez pudiera parecerlo a algunas personas, pero ciertamente, Betty no era la adecuada para hablar de alguien así, ya que ella, además de tener un cuerpo más bien raquítico y poco atractivo, tenía granos en la cara, y una mancha en la barbilla que parecía... como un pedazo de terciopelo peludo. ¡Cielos, Betty no era la persona indicada para hablar así!

—Trevor no es desagradable —rechazó—. Además, está trabajando para nosotros mientras todos los demás vaqueros están divirtiéndose en Sheffield, y creo que eso merece alguna atención.

—Es un sujeto inquietante —dijo el joven Alan Slander.

—¿Por qué es inquietante? —saltó Janice.

—Pues no sé... Sus ojos son... fríos. Bueno, Janice, la verdad, no es hombre que me gustaría tener como amigo o vecino.

—Seguro —rió el joven y apuesto Bob Murdoc—. ¡A ti a quien te gusta tener como vecinos es a los Merrit!

Las muchachas rieron. Murdoc farfulló algo, y acabó por encogerse de hombros. Se decidió que debía proseguir el juego de las prendas.

Un poco más allá, las señoras hablaban de sus cosas, muy seriamente, tomando ponche. La señora Braxton estaba preocupadísima respecto al ajuar que en breve tendría que prepararle a su hija Helen, que se había prometido un par de meses atrás con Jeremy Arlington, uno de los simpáticos jóvenes que, naturalmente, estaba en la fiesta.

Alrededor de una mesa en la que había licores y se fumaba sin descanso, los hombres discutían de negocios. Pronto terminaría el rodeo final, y enviarían las manadas hacia el Norte.

La tarde era apacible.

—¡Has perdido! —rió Betty Shields—. ¡Oh, Janice, has perdido, ahora vas a tener que pagar la prenda!

—Está bien —aceptó Janice—. ¿Qué tengo que hacer?

—¡Algo difícil! —rió Lucy Abbot—. ¡Tiene que ser algo difícil!

—¿Preparar un pastel de manzana? —sugirió la solterona y decididamente fea Olivia Zimmer.

—¡Qué tontería, claro que no! ¡Además, no vamos a pasarnos el resto de la tarde viendo cómo Janice prepara un pastel!

—Yo creo que Janice debería dar un beso a alguien —dijo entre risitas maliciosas Helen Braxton.

—¡A Jeremy! —rió Betty.

—¡Claro que no! —se sofocó Helen.

—¿Por qué no? —rió Alan Slander—. Aunque Jeremy sea tu novio, el juego es el juego. Además, ¿qué importancia tiene un beso?

—Bueno, Alan, déjate de tonterías —dijo Janice—. Estoy dispuesta a besar a alguien, pero no a Jeremy.

—¡Pues entonces, a mí! —rió Bob Murdoc.

—¡No lo haré, por antipático! —exclamó Janice.

—¡Ya sé! —exclamó Betty—. ¡Que vaya a besar al de la cuadra!

Janice Merrit enrojeció violentamente. Los demás comenzaron a hablar todos a la vez, unos a favor de la idea y otros en contra. Desde la mesa, George Barfield miraba al grupo de jóvenes; y sonreía levemente.

—Bueno, bueno —apaciguó los ánimos Lucy Abbot— tampoco hay que exagerar. Que no bese al de la cuadra, pero entonces, que bese al señor Barfield. ¡Hay que ver cómo la mira!

—¡Lucy, no digas tonterías! —protestó Janice.

—Está bien, pero tienes que besar a alguien. Y para no complicar las cosas entre nosotros, será mejor que elijas a alguien que sea... inofensivo.

—¿Qué quieres decir con eso? —protestó Alan.

—¡Quiero decir que os conozco muy bien, Alan Slander! De_ modo que te vas a quedar con las ganas de que Janice te bese. Bueno, que elija ella: o al de la cuadra o al señor Barfield.

—Pues vaya con el señor Barfield —masculló Murdoc—. ¡Hoy es su día de suerte!

—¡Se va a alegrar mucho de no haberse ido a México! —rió Jeremy Arlington.

—Bueno, querida —instó Betty—, ¿qué estás esperando?

Janice aspiró hondo y se puso en pie. Hubo más risas... que cesaron bruscamente cuando, en silencio, Janice Merrit se dirigió hacia la cuadra... Alan Slander fue el primero en reaccionar, pálido.

—¡Janice! ¿Adónde vas? —exclamó.

—A pagar la prenda —volvió la cabeza Janice.

—Pero el señor Barfield está allí —señaló el muchacho.

—Ya lo sé —murmuró Janice—. Yo voy a la cuadra.

—¡Oh, no! —gimió Helen—. ¡Vamos, Janice...!

Ésta reanudó la marcha hacia las cuadras. Los demás jóvenes cambiaron miradas de, desconcierto y casi de espanto. Murdoc echó a correr detrás de Janice, y los demás le imitaron rápidamente.

—No te atreverás —rió Olivia—. ¡No te atreverás a besar a ese sujeto maloliente!

—¡Claro que no! —masculló Alan—. ¡Nos está tomando el pelo, eso es todo!

Conversando excitadamente, el grupo llegó ante el gran portalón, y se detuvo allí. Janice sentía los pies como de plomo, no podía dar un solo paso más. Sentado de nuevo en la paja veía a Trevor Dasch, mirándolos. Le pareció que sus ojos eran de luz gris... Dasch se puso en pie, y se acercó, botella en mano.

—¿Ocurre algo? —se interesó—. ¿Desean que les ensille los caballos para dar un paseo, señorita Merrit?

—¡Vamos, hazlo! —rió Betty.

Dasch fue mirando de uno a otro antes de posar de nuevo su mirada en los ojos de Janice. No comprendía nada, pero estaba tranquilo, casi indiferente. Era muy tolerante y comprensivo... hasta que se metieran con él. Mejor que no lo hicieran.

—¿Puedo servirles en algo, señorita Merrit? —insistió.

Janice tragó saliva, se acercó más a Dasch, le puso las manos en los hombros, y alzándose de puntillas acercó su boca a la del tejano, depositando un beso breve y suave entre los delgados y duros labios.

El silencio fue súbito y terrible. Janice miró a los ojos de Dasch, y susurró:

—No se enfade... Trevor, por favor, no se enfade...

—Lo ha hecho —jadeó Alan Slander.

Trevor lo miró un instante, pero miró de nuevo enseguida a Janice, que le observaba como aterrada.

—Supongo —murmuró Dasch— que esto es consecuencia del juego de las prendas.

—Sí... Sí.

—Bueno, les agradezco mucho que se haya acordado de mí. ¿Necesitan algo más?

Janice palideció. Los demás miraban impresionados al inescrutable Dasch, que en vista del silencio optó por alzar la botella y beber directamente un largo trago, observado por los jóvenes. Las muchachas parecían fascinadas. Janice estaba lívida.

—Gracias por la botella —dijo Dasch—. Y por el beso, señorita Merrit, aunque siento mucho, por usted, que le hayan impuesto un terrible castigo.

—Trevor, yo... Espere, por favor...

Pero Trevor Dasch había dado ya la vuelta, y se dirigía hacia el fondo de la cuadra. Oyó la voz de una de las muchachas:

—¡Dios mío, Janice, no sé cómo has podido hacerlo!

Dasch se dejó caer en el montón de paja, y bebió otro trago. Ya no oía nada. Su rostro permanecía inescrutable, parecía el hombre más tranquilo y sereno del mundo. Respiró hondo. Todavía pudo oír algo más cuando el grupo de jóvenes se alejaban:

—Debes estar loca —decía Helen Braxton—. ¡Preferir besar a ese hombre en lugar de al señor Barfield!

Trevor Dasch alzó las cejas. Luego, simplemente, sonrió.

Fuera, el grupo llegó al sitio que habían estado ocupando. Olivia estaba excitadísima, y había una extraña expresión en sus ojos. Janice se sentó en silencio, todavía pálida.

—Creo que será mejor que traiga un poco de ponche —dijo Bob Murdoc.

Fue justo entonces cuando comenzaron a oír el galope de varios caballos. Los primeros en prestarle atención fueron los hombres que discutían de negocios. El señor Braxton se sorprendió.

—Parece que ya regresan tus vaqueros, Sidney.

Sidney Merrit también se sorprendió. Miró hacia el sol, y luego, como queriendo convencerse de lo temprano de la hora, sacó su magnífico reloj de oro del chaleco, alzó la tapa, y lo miró.

—Pues es extraño —farfulló—. Nunca regresan tan pronto.

—Seguro que se les ha terminado el dinero —rió Barfield—. ¿Les ha pagado ya este mes, Merrit?

—Claro.

—Pues entonces, alguno se ha emborrachado y lo traen los demás. Bueno, irán a su barracón, no les hagamos caso. Bueno, Stanley, como te iba diciendo...

La conversación se reanudó. Las señoras seguían charlando, aunque mirando con curiosidad hacia el grupo de jóvenes. Éstos comenzaron a beber ponche, mientras Olivia parecía incapaz de salir de su impresión, y Janice, sombría, pensaba en la dureza de los labios de Trevor Dasch; le habían parecido de piedra. Y además, olían a *whisky*. Pero esto era natural, claro. Si ella bebiera *whisky* también olería como Trevor Dasch. Y cualquiera.

Betty Shields estaba riendo nerviosamente, comentando algo sobre el ponche.

Los siete jinetes aparecieron prácticamente de pronto, a pesar de que todos habían estado oyendo ya con fuerza el nutrido galope. Inconscientemente, pensaban que eran vaqueros del rancho que regresaban de Sheffield.

Pero no lo eran.

En un instante, los desprevenidos y desconcertados invitados se encontraron dentro de un círculo de siete jinetes, todos ellos empuñando rifles, y, un par de ellos, además, un revólver.

CAPÍTULO III

—¡Quietos todos! —ordenó uno de los jinetes—. ¡Al que se mueva lo acribillamos!

De momento no se movió nadie, más por la sorpresa que por acatamiento a la orden. Sonaron, eso sí, los gritos de miedo de las señoras, y las exclamaciones de las jovencitas. Las desorbitadas miradas de los presentes fueron de uno a otro de los siete jinetes desconocidos.

Por fin, Sidney Merrit se puso en pie, congestionado el rostro por la ira tan característica en él.

—¿Quiénes son ustedes y qué...? —empezó.

Uno de los jinetes disparó, Sidney Merrit lanzó un alarido, se llevó las manos al pecho mientras giraba violentamente, y cayó de bruces, derribando la silla que había estado ocupando. Janice Merrit lanzó un alarido, y corrió hacia su padre.

—¡Papá! ¡Papá, papá...!

—No lo repetiremos —dijo el jinete que dirigía el grupo—. Si alguien más se mueve también le mataremos.

La señora Merrit emitió un quejido y se desvaneció. Nadie se movió para ayudarla, y la mujer se deslizó hasta el suelo, donde quedó inmóvil, lívida como un cadáver. Janice estaba arrodillada junto a su padre, al que intentaba darle la vuelta, sollozando.

—Será mejor que no lo mueva, Janice —susurró Barfield—. Si sólo está herido acabará de matarlo.

La muchacha miró con ojos desorbitados a Barfield, y quedó inmóvil, comprendiendo el razonamiento frío pero certero de su invitado. El jinete que daba las órdenes se acercó un poco a Janice, que lo miró sobresaltada, todavía arrodillada.

—¿Es usted de la casa? —preguntó.

Janice tragó saliva y asintió. El hombre sonrió.

—Estupendo. Vaya a la casa y traiga todo el dinero que haya en ella. Y no se las dé de lista, porque si no está aquí antes de cinco minutos empezaremos

a matar gente. Los demás, empiecen a vaciar sus bolsillos. Lo queremos todo: dinero, relojes, las joyas de las señoras... ¡Todo! Y si alguno saca un arma que se dé por muerto.

Nadie se movía. ¿Armas? Nadie llevaba armas encima. Los pocos que habían traído sus rifles los habían dejado en las sillas de montar o en los vehículos. Los vehículos estaban detrás de la cuadra, y las sillas de montar, en ésta. Allá sí había armas, en la cuadra. Sólo allí.

Y al pensar esto, Janice miró aterrada hacia la cuadra. ¡Si a Trevor se le ocurría coger uno de los rifles y salía, le iban a matar...!

—¿Qué está esperando, preciosa? —gruñó el sujeto—. ¡Y advierta a sus criados que si hacen el tonto empezaremos a disparar contra todos ustedes! ¡Vamos, traiga todo el dinero! ¡Y ustedes, hagan lo que les he dicho!

Lentamente, comenzaron todos a moverse, Las señoras parecían a punto de desmayarse, los jóvenes tenían temblor en las manos, y los adultos estaban demudados. En el suelo, Sidney Merrit se desangraba lentamente, hasta que Henry Braxton, tras dejar su reloj y su dinero sobre la mesa, se arrodilló junto a él, sacó un pañuelo, y se lo colocó en la herida, intentando taponarla... Janice salía corriendo de la casa, mirando hacia la cuadra..., pero no vio ni rastro de Trevor Dasch.

—Hutchins —dijo el jefe del grupo de asaltantes—, ve a la cuadra y trae tres caballos ensillados. Ya he hecho mi elección.

El llamado Hutchins rió, movió las bridas, y el caballo se dirigió hacia las cuadras, frente a las cuales desmontó. Janice había dejado el dinero sobre la mesa y se había arrodillado de nuevo junto a su padre, pero miraba ahora hacia las cuadras, sobrecogida. El señor Braxton, junto a ella, comenzó a ponerse en pie, diciendo:

—Necesitas un méd...

Uno de los jinetes le apuntó al pecho con el rifle, y disparó. El grueso plomo pareció arrancar del suelo a Henry Braxton, lo empujó y derribó como si fuese un muñeco de paja, lo revolcó por el suelo. Helen Braxton vio desvanecerse a su madre, y la muchacha escondió el rostro entre las manos, estallando en llanto.

Otro jinete apuntó al pecho de Jake Arlington, y disparó a su vez. Jake Arlington lanzó un berrido, se llevó las manos al estómago, y, al mismo tiempo que sus piernas retrocedían, su cuerpo se vencía hacia delante, doblado, y comenzaba a caer de bruces, con los ojos velados por la muerte. El joven Jeremy Arlington emitió un alarido de fiera, y saltó hacia el jinete que había disparado.

—¡Miserables ases...!

¡Pack!, disparó otro de los jinetes con el revólver. Un tremendo boquete apareció en la garganta del joven Arlington, cuyos ojos se desorbitaron, y quedaron así mientras caía hacia atrás lanzando un chorro de sangre. Olivia lo miró, abrió los ojos, y, de pronto, comenzó a vomitar y a llorar al mismo tiempo, mientras algunas de sus amigas y de las damas se desmayaban, y el señor Abbot caía en la silla a punto de desmayarse también.

—No dirán que no les hemos advertido —dijo el jinete que dirigía el grupo—. Un solo movimiento más por parte de cualquiera de ustedes y los mataremos a todos. A todos... ¿Lo entienden?

La señora Merrit se recuperó, se sentó en el suelo, vio a su marido todavía en el suelo, a su hija, un poco más allá el cadáver de Henry Braxton... La mujer quedó inmóvil, como si no estuviera viendo nada, o como si nada de lo que veía tuviera importancia. Cuando vio al joven Arlington se estremeció. Luego, su labio inferior quedó como colgando, y la mujer ya no reaccionó más en modo alguno.

El silencio era terrible. Uno de los jinetes desmontó, y comenzó a meter en un saco de lona todo el dinero y las joyas. Se quedó mirando a la señora Merrit, se acercó a ella sonriendo, y, de brusco tirón, le arrancó el collar. La mujer no reaccionó. Ni lo hizo cuando el hombre le quitó los pendientes y una sortija. Nadie se movía, parecía que incluso nadie respirase. El hombre quitó las joyas a las demás mujeres que se habían desmayado, y fue metiéndolo todo en el saco de lona.

El miedo y el espanto los tenían paralizados a todos. Janice miraba los rostros de aquellos hombres, todos ellos torvos, perversos, crueles, la mayoría de ellos con barba de varias semanas, o de días, como mínimo. Todos armados, todos malignos, satánicos. Era como una pesadilla increíble e insoportable. Algunas moscas comenzaron a volar, zumbando, sobre los cadáveres ensangrentados. Uno de los asaltantes hizo un grosero y asqueroso ruido con la boca, y escupió a un lado. Fue algo repugnante. Otro rió agudamente, pero sólo un instante.

La voz de Hutchins llegó desde la cuadra:

—¡Hey, Mowery, no hay nadie aquí dentro! ¡Que venga alguno de los muchachos a ayudarme!

—Biltmore —miró Mowery a otro de sus hombres—, ve a ayudar a Hutchins a ensillar esos caballos.

El tal Biltmore asintió, y puso su caballo al trote hacia la cuadra. Janice miraba hacia allí sin comprender. ¿No había nadie? ¿Dónde estaba Trevor

Dasch? Y de pronto, tuvo que comprenderlo: Trevor se había escondido. Así de simple. Debía estar en cualquier rincón de la cuadra, metido bajo sacos o balas de paja...

—¡Biltmore, si hay armas ahí tráetelas todas! —gritó Mowery.

Uno de los jinetes desmontó, arrambló con todas las botellas de *whisky* que había en la mesa alrededor de la cual habían estado conversando los hombres, y las llevó a las alforjas de su silla de montar. Luego, se acercó a la ponchera, metió dentro el cucharón, y se lo llevó a la boca. Escupió furiosamente el líquido, y con un golpe del cucharón hizo pedazos la ponchera, salpicando a las mujeres, que respingaron, sin atreverse a más. Las moscas seguían zumbando sobre la sangre roja y caliente, recién vertida. Desde las cuadras llegaron un par de relinchos y una maldición, como de muy lejos, flotando en un aire que no existía. No se movía ni una hoja.

El que había roto la ponchera se acercó a una de las señoras que permanecía sentada como si fuese de madera, miró el escote, y, de pronto, metió la mano dentro y comenzó a apretujar los senos. La mujer emitió un hipido, pero no se movió. No se movió ni siquiera cuando el forajido rompió la ropa de un tirón, sacando a la luz del sol los blancos y grandes pechos, que hizo brincar en la palma de su mano libre, riendo como enloquecido. Uno de los hombres inició un gesto hacia allí, pero George Barfield le agarró de un brazo rápidamente, y susurró:

—No sea loco... ¡Los matarán a usted y a ella!

El hombre estaba como muerto. La mujer lloraba silenciosamente, pero en una abundancia estremecedora. El forajido seguía haciendo saltar sus pechos, y de pronto comenzó a cantar una tonadilla obscena, imprimiendo el ritmo a los pechos de la mujer. Todos los demás forajidos reían ahora a mandíbula batiente.

—Oye, Mowery —dijo el forajido juguetón—, ¿por qué sólo a tres? ¡Esta vieja tiene unas buenas tetas!

—Pues diviértete ahora con ellas, porque no la vamos a llevar. Tres son suficientes para quitarles las ganas de perseguirnos. Y elegiremos a las más bonitas y jóvenes, no a las viejas.

—¡Pero puedes tirarte a la vieja ahora, si quieres, Manning! —rió otro de los que permanecían a caballo.

—Me da vergüenza, delante de tanta gente —dijo Manning.

Las carcajadas fueron estentóreas. El marido de la desdichada mujer dejó caer la cabeza sobre el pecho, cerrando los ojos, y seguramente se habría desplomado si Barfield no hubiera estado sujetándole por el brazo.

—¡Podría llevarme sus bragas como recuerdo! —dijo Manning.

—No hombre —dijo otro—. Puestos a llevarte algo como, recuerdo, llévate los pechos. Córtaselos y ya está. Y cuando te canses de ellos tendremos carne fresca.

Lucy Abbot emitió un gemido, y se desmayó.

De las cuadras salieron los dos forajidos, a caballo llevando otros tres por las bridas, ensillados, y se acercaron rápidamente. Uno de ellos llevaba unos cuantos rifles y una escopeta... —Listo Mowery— dijo.

—Bien, Manning, carga a la chica en uno de los caballos —señaló a la joven desvanecida; y luego miró primero a Janice y finalmente a Helen Braxton—. Ustedes dos, monten en los otros caballos...

—¡No! —gritó Helen—. ¡No, no, no!

—Como quiera —Mowery la apuntó al pecho con su revólver—. La mataremos a usted y nos llevaremos a otra. En cambio, si se viene con nosotros podrá regresar más tarde. Sólo queremos llevarlas para que comprendan que si nos persiguen las mataremos. Pero si todos se quedan, aquí quietecitos ustedes volverán esta noche. Decídase.

—¡No quiero ir con ustedes! ¡No!

Janice se acercó presurosamente a su amiga, y la tomó por los brazos.

—Helen, piénsalo... Te van a matar. Por el amor de Dios sabes que lo harán... Sólo nos llevan como rehenes.

—Venga, menos cuento y monten —gruñó Manning—. ¡No vamos a estar esperando toda la tarde!

Alzó a Lucy Abbot como si no pesase apenas nada, y la colocó doblada de bruces sobre la silla, atravesada, amarrándola rápidamente con una soga para que no cayera. Janice tragó saliva cuando finalmente Manning se volvió a mirarla, y se dirigió hacia uno de los caballos, en el que montó.

—Janice, no —jadeó Alan Slander—. No, no, Janice...

El muchacho enmudeció cuando dos de los forajidos le apuntaron directamente con sus rifles. Janice miró a Helen desde la silla, y Helen como si su cuerpo fuese de plomo, se acercó al tercer caballo y montó.

—Muy bien —dijo Mowery—, esto está terminado, señores. Recuerden: si intentan algo contra nosotros, las mataremos a las tres. Y lo mismo haremos si nos persiguen antes de mañana. Queremos llegar a México sin problemas, ¿está claro?

Nadie contestó. Manning montó; tomó las bridas de los tres caballos ocupados por las muchachas, y comenzó a alejarse. Poco después le siguieron los otros, volviéndose en las sillas de montar, siempre preparados para

disparar. Sólo se oía el sollozar de la pobre mujer cuyos pechos habían servido de distracción a Manning, y que ahora intentaba ocultar con la destrozada ropa.

El primero en reaccionar fue George Barfield, que se precipitó hacia Sidney Merrit sacó su pañuelo, y lo colocó sobre el otro, empapado ya.

—Hay que ir a Sheffield a buscar al doctor Washburn —murmuró—. Merrit todavía está vivo... ¡Deprisa!

—Pero tenemos que perseguirlos —jadeó Bob Murdoc—. ¡Tenemos que...!

—¿Sin armas? —le interrumpió Barfield—. ¿Y quiere que maten a Janice, Helen y Lucy?

—¡No vamos a dejar que se las lleven! —aulló el joven.

—Avisen también al *sheriff* —dijo Barfield—. Es todo lo que podemos hacer por ahora.

—Mi hija —gimió la señora Braxton—. ¡Mi pobre hijita! Oh. Dios mío... Henry, ¿no oyes? ¡Se han llevado a...!

—Su marido está muerto, señora —espetó hoscamente Barfield.

Las mujeres comenzaron a llorar estremecidas, los hombres no sabían qué hacer. George Barfield insistió en que había que ir a Sheffield para avisar al doctor Washburn y al *sheriff* Dunning.

Fue entonces cuando Trevor Dasch salió de la cuadra y se acercó lentamente al grupo, con su caminar ligeramente renqueante. A medida que lo iban viendo, todos callaban. Cuando Dasch llegó junto a Sidney Merrit y George Barfield, todos lo miraban como si fuese un fantasma. Dasch se sentó de lado junto a Sidney Merrit, le echó un vistazo a la herida, y luego miró a Barfield.

—Si contenemos la hemorragia hasta que llegue el doctor Washburn, se salvará. ¿Se encarga usted de esto, señor Barfield? Lo único que tiene que hacer es impedir que la sangre...

—¿Dónde ha estado usted? —aulló Bob Murdoc—. ¿Dónde ha estado escondido, maldito cobarde?

Dasch se puso en pie, siempre un poco rígida su pierna, y le miró sosegadamente.

—Vaya usted mismo a buscar al médico —dijo.

—¡Tenía los caballos y las armas! —aulló el muchacho—. ¡Y no ha hecho nada, se ha escondido como una maldita raía! ¡Maldito sea, cobarde mil veces! ¡Deberíamos matarlo a usted, deberíamos...!

—Cálmate, Bob —lo sacudió por un brazo Alan Slander—. No es justo lo que estás diciendo. Los otros eran siete, y antes que a este hombre nos habrían matado a nosotros... Tranquilízate.

—Mientras ustedes discuten —dijo acremente Barfield—, ¡el señor Merrit se está muriendo!

—Yo iré a Sheffield —murmuró Alan Slander—. Los demás atiendan al señor Merrit y a las señoras. Supongo que quedan caballos y algunas sillas de montar en la cuadra.

Miró a Dasch, con intención, pero éste no hizo caso de las palabras del muchacho. Simplemente, echó a andar hacia la cuadra. Alan Slander le siguió, en el fondo arrepentido de haber hablado así a Dasch, pero no poco irritado por la impasibilidad fría del empleado de las cuadras.

Ya en éstas, Dasch eligió uno de los caballos, y procedió a ensillarlo rápidamente, mientras Alan le contemplaba sombrío.

—De modo que se escondió —murmuró.

—Por supuesto —le miró directamente Dasch—. Y muy bien escondido. ¿Le parece mal?

—Supongo que era lo más inteligente.

—Sí. Podría haberles plantado cara, pero dígame de qué les habría servido a ustedes que, finalmente, me mataran. Eso suponiendo que, puestos ya a disparar, se hubieran conformado con matarme a mí. Por si no lo sabe, joven, cuando esa gente empieza a disparar no se detienen ya fácilmente.

—Lo sé. Y me parece un milagro que todavía quedemos algunos vivos. ¡Lo que han hecho es horrible!

—Sí —susurró Dasch—, lo es. Bien, ya tiene ensillado el caballo. Sobre todo, busque al doctor Washburn.

—Y al *sheriff*, ¿no?

—El *sheriff* no podrá hacer nada.

—No es ningún tonto, y si reúne cincuenta o sesenta hombres...

—No he dicho que el *sheriff* sea tonto —alzó las cejas Trevor Dasch—. Lo que he dicho es que no podrá hacer nada. A menos que para cazar a esos hombres esté dispuesto a sacrificar a las muchachas. Porque no le quepa a usted la menor duda de que si ellos se ven perdidos, las asesinarán.

—Creo... que tiene usted razón. Lo mejor será esperar a que se haga de noche, y salir entonces a recogerlas a las tres.

—¿Recogerlas? —alzó de nuevo las cejas Dasch.

—Han dicho que ellas regresarán a la noche. Las dejarán en el campo, y nosotros tendremos que...

—No las dejarán en el campo. Las llevarán con ellos mientras cabalgan hasta bien entrada la noche, y entonces acamparán. Seguramente estarán ya a mitad de camino de la frontera mexicana, y seguirán hacia allá antes de que amanezca.

—¡Pero entonces nunca los alcanzaremos!

—Eso me temo.

—Pe-pero..., ¿qué podemos hacer?

—Poca cosa. Lo mejor que pueden hacer todos ustedes es empezar a reunir dinero. Y mucho, créame, muchacho.

—¿Dinero? ¿Para qué? ¡Se han llevado...!

—Una minucia —cortó de nuevo Dasch que estaba ensillando otro caballo—. No se conformarán con eso.

—¿Qué demonios está usted tratando de decir?

—¿Quiere saberlo todo? Muy bien, se lo voy a decir: esos hombres violarán a las tres muchachas hasta cansarse, y mientras tanto les harán llegar a ustedes un mensaje haciéndoles saber que quieren tantos miles de dólares por devolvérselas. Si pagan, es posible que las recuperen vivas. Si no pagan, algún día encontrarán sus cadáveres.

Alan Slander estaba petrificado, y tan blanco que parecía talmente una estatua de yeso. Trevor Dasch fue adonde había escondido uno de los rifles, y fue a meterlo en la silla del caballo que había ensillado en segundo lugar. Tomó al animal por las bridas, y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Será mejor que no pierda más tiempo, o el señor Merrit morirá.

Salió de la cuadra llevando el caballo tras él. Volvió la cabeza cuando Alan Slander salió ya montado, y se encaminó hacia el barracón de los vaqueros.

No había nadie allí. Dasch entró, fue a su litera y colocó sobre ésta el viejo petate con el que había llegado hacía escasas semanas a Merrit Ranch. Del petate sacó un envoltorio de trapo, lo deshizo, y apareció el cinto con el revólver enfundado, muy limpio y bien engrasado. Se lo colocó a la cintura con movimientos rápidos, ágiles, seguros. Anudó por encima de la rodilla la tira de piel que sujetaba la funda al muslo, cerró el petate, y salió del barracón.

En la cocina tampoco había nadie. En la de los vaqueros, se entiende. Dasch comenzó a meter provisiones en el petate, y cargado con todo fue adonde había dejado su caballo, montó y, sin más explicaciones, partió hacia el Sur.

Es decir, hacia la frontera mexicana.

CAPÍTULO IV

Era medianoche cuando Wayne Mowery, el jefe del grupo de forajidos, decidió dar por terminada la cabalgada. En las últimas horas habían recorrido poca distancia; por temor a cualquier accidente en la oscuridad, pero, ciertamente, la ventaja que llevaban a los posibles perseguidores era mucha.

Habían cabalgado en línea recta hasta que encontraron el río Pecos. Entonces, se habían metido en éste, pero, en lugar de seguir hacia el Sur, habían regresado hacia el Norte, siempre por el río mientras la poca profundidad de los vados lo permitió. Cuando dejaron de cabalgar por el cauce del río, sin dejar huellas que pudieran quedar impresas, habían recorrido casi quince millas en sentido inverso al de la fuga inicial. Luego, continuaron hacia el Este. Resumiendo: no los encontrarían hacia el Sur por muchos hombres que enviaran tras ellos. Los presuntos perseguidores sabrían que en determinado momento habían entrado en el Pecos, pero, convencidos de que seguían hacia México, tal como el propio Mowery había dicho, seguirían hacia la frontera..., mientras ellos iban hacia el Este, tras dejar el río quince millas arriba, donde nadie las buscaría.

Mowery desmontó, y miró hacia las tres muchachas, que a duras penas se sostenían sobre la silla. Lucy Abbot había, sido colocada en ésta cuando se recuperó, y, como sus dos amigas Janice u Helen, había cabalgado duramente. Estaban tan agotadas que cuando descabalaron a una orden de Mowery las piernas no las sostuvieron, y se dejaron caer al suelo.

—Hasta yo estoy hecho polvo —masculló Hutchins—. ¡Maldita sea, qué modo de cabalgar!

—Cierra la boca —masculló Mowery.

—Vete a la mierda.

—No me toques los huevos, Hutchins. Se ha hecho lo que se tenía que hacer, y eso es todo. Venga, vamos a prepararlo todo para pasar aquí la noche. Pero nada de encender fuego. Dadles unas mantas a las chicas.

Manning tiró una manta sobre cada muchacha; y éstas se apresuraron a envolverse en ellas. La noche era fría. En el cielo, las estrellas parecían de

hielo. Las tres muchachas, muy juntas, se quedaron inmóviles, tendidas en el suelo. Sus, espantados ojos iban de uno a otro forajido mientras éstos, mascullando maldiciones, desensillaban sus caballos e iban tirando mantas al suelo. Un par de botellas de *whisky* comenzaron a circular de mano en mano, mientras una voz mascullaba que sí, que muy bien, que el *whisky* era estupendo, pero que un buen café caliente tampoco iría nada mal. Algunos masticaban algo sin dejar de beber *whisky*. Uno de los forajidos se puso a orinar muy cerca de Janice. Lucy y Helen. Luego, se volvió hacia ellas, y comenzó a reír, haciendo gala de su virilidad.

Las tres muchachas miraron hacia otro lado. Sus ojos relucían bajo las estrellas. De alguna parte llegaba el rumor de un vientecillo que allí, en la suave hondonada, no les alcanzaba. Pero el frío era cada vez más intenso.

Lucy Abbot comenzó a sollozar. Un par de forajidos la miraron, y encogieron los hombros. Wayne Mowery se acercó a ellas, escupió a un lado, y masculló:

—Será mejor que descansen, porque antes de que amanezca seguiremos galopando. ¡Mullins!

—¿Qué hay?

—Tú harás la primera guardia Davies, Bailey, vosotros haréis la segunda y la tercera.

—¿Por qué demonios he de hacer yo la segunda? —gruñó Davies.

—Déjame en paz. Entiéndete con Bailey.

—Y con Mullins —dijo Bailey—. ¿Por qué ha de hacer él la primera?

—Arreglaos entre vosotros.

Mullins, Davies y Bailey comenzaron a discutir sus turnos, pues todos querían hacer el primero, o como mal menor, el último. Se oyeron maldiciones, y finalmente los turnos quedaron establecidos. Bailey el primero, Davies el segundo, y Mullins el tercero. Davies estaba de un humor pésimo. Los demás le lanzaron algunas pullas, y él, simplemente, se cagó en la madre que los parió, siendo correspondido con risitas de burla.

—Y no fuméis —advirtió Mowery.

No recibió respuesta. Mowery se envolvió en su manta, se tendió en el suelo, y pocos minutos después se oían sus ronquidos. Otros dos forajidos más comenzaron a roncar poco después. Bailey se había sentado en el suelo, envuelto en una manta, con un rifle entre los brazos.

Finalmente, salvo el ronquido de alguno de los forajidos, todo quedó en silencio. De cuando en cuando, Bailey bebía un trago de *whisky*.

Helen, Janice y Lucy permanecían despiertas, mirando al forajido de guardia. Ni se les ocurría la idea de sorprenderlo de algún modo para intentar escapar con los caballos, que, además, estaban desensillados. No podían hacer nada, salvo esperar. Pero esperar... ¿qué? ¿Un milagro?

El terrible cansancio y el calor de la manta las fue venciendo. Janice hacía desesperados esfuerzos para permanecer despierta, pero en determinado momento se durmió, por supuesto sin darse cuenta. Simplemente, de pronto despertó, y comprendió que se había quedado dormida antes.

Acuclillado cerca de ella estaba el forajido de guardia. Pero no era el mismo de antes. Ya habían cambiado el turno... Comprendió que lo que la había despertado eran los gemidos de Helen Braxton, tendida junto a ella.

—No —suplicaba ahogadamente la muchacha—. No, por favor, no me lo haga, no...

—Cállate —masculló Davies—, o todavía será peor. Venga, dame tu mano.

Janice no se atrevía a moverse, casi ni a respirar. Veía al hombre acuclillado junto a Helen, pero a ésta no la veía bien. La muchacha respingó cuando Davies tomó su mano y la guió. Luego, Janice vio la mano del forajido metiéndose bajo la ropa de Helen, que sollozó contenidamente.

—Ya sé que tengo las manos frías —susurró Davies—, pero tus pechos me las calentarán. Haz lo que te he dicho.

Helen sollozaba entrecortadamente. Janice no comprendía. Al poco, se dio cuenta de que la respiración de Davies era más pesada. Janice cerró completamente los ojos y apretó los párpados con fuerza. El corazón le latía como enloquecido. Estaba aterrada... Al poco, oyó el gruñido de Davies, el hombre se puso en pie, recogió su rifle del suelo y fue a sentarse, envuelto en la manta. Janice giró cuidadosamente hacia Helen, y la vio con los ojos abiertos, como si fuesen de cristal. Estaba llorando. De pronto, emitió un sollozo y se tapó con la manta toda la cabeza.

Janice ya no podía dormir. Así pues, cuando se produjo el relevo de Davies, estaba despierta, mirando a los dos hombres. Davies le decía algo a Mullins, y ambos emitieron unas risitas. Davies se puso a dormir. Mullins se sentó, pero al poco rato se puso en pie y se acercó a ellas. Janice sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡Oh, no, ella no, no...! Sabía que su pensamiento era egoísta, pero no podía controlarse, no quería hacer lo mismo que Helen, ¡no!

Sin embargo, Mullins no se acercó a ella, sino a Lucy, a la que despertó. Janice podía ver mejor a Mullins que a Davies, pues éste había estado de

espaldas a ella, y Davies estaba de frente, acuclillado junto a Lucy, que despertó. Su exclamación quedó ahogada por una mano de Mullins. Por encima del bulto del cuerpo de Helen, al otro lado de ésta, Janice seguía mirando a Mullins, y veía un poco a Lucy. Oyó los cuchicheos de Mullins, y las ahogadas protestas de Lucy Abbot.

Janice comenzó a ver lo que cuando Davies sólo había adivinado con dificultad. Giró, dando la espalda a Mullins y Lucy, y sus ojos muy abiertos quedaron fijos en la oscuridad.

«Dios mío —imploró mentalmente—. ¡Oh, Dios mío!».

Poco después, oyó a Mullins regresando a su puesto de guardia, pero no se movió. Sabía que ya no dormiría más. Tenía los nervios tensos como cuerdas de guitarra. Janice pensaba que se había librado por el momento de aquella humillación, pero sabía que tarde o temprano le tocaría a ella. Es decir..., seguramente, en determinado momento aquellos hombres les harían... todo lo que quisieran.

El amanecer la encontró con los ojos llenos de lágrimas. Se las limpió apresuradamente cuando oyó la voz de Mullins llamando a sus compañeros, que comenzaron a farfullar maldiciones. En un minuto, todos estaban en pie. Janice giró hacia Helen y Lucy, y las vio también despiertas.

Mowery se acercó a ellas.

—Eh, chicas, venga, moveos. ¡Vamos, arriba!

Janice fue la primera en ponerse en pie. Por el este aparecía una delgadísima franja amarillenta casi roja. En alguna parte oyó el canto de un pájaro. Algunos de los forajidos estaban ensillando los caballos, mientras comían algo. Todo era siniestro.

Cuando el sol ya parecía flotar sobre el llano, reanudaron la marcha, tiritando las tres muchachas, encogidos sobre las sillas los siete hombres, sujetando las bridas con manos enguantadas, subidos los cuellos de las cazadoras. No obstante, dentro de poco el sol comenzaría a calentar, y Janice sabía que muy pronto el calor sustituiría al frío. Sabía también que el río Pecos quedaba a sus espaldas. Y además, estaban viajando hacia el sol, es decir, hacia el Este. Desde luego, no hacia el Sur. Ciertamente, pensó Janice, si salían a buscarlas hacia el Sur jamás las encontrarían. Jamás. Se dio cuenta de que Davies y Mullins cabalgaban juntos, cuchicheando, y oyó sus risas, y vio cómo miraban a Helen y Lucy, que mantenían los párpados bajos.

Media hora más tarde, ya el sol aliviando decididamente el último frío de la noche, el grupo se detuvo.

—Biltmore —llamó Mowery.

El aludido colocó su caballo junto al de Mowery, en silencio, mirándolo expectante. Wayne Mowery sacó con sus enguantados dedos un papel doblado en cuatro, que se había arrugado mucho en el bolsillo de su cazadora.

—Aquí tienes —masculló—. Y ya sabes.

—Seguro.

—Ve con cuidado.

—Oye; un momento: ¿quieres decir que tengo que marcharme ahora mismo?

—Claro.

—¿Y por qué demonios? ¡Quiero tomar parte en la juerga, como todos!

—Cuando vuelvas. ¡Y no me cabrees, Biltmore!

—Maldita sea —masculló éste.

Y sé dirigió hacia el Norte, realmente encolerizado. Los demás le miraban sonrientes. Mowery señaló hacia delante, y la partida, ahora de seis hombres, continuó hacia el Este. Finalmente, ya cerca del mediodía, Mowery alzó un brazo y luego señaló hacia un grupo de robles que parecían flotar a poca distancia en el llano. No había nada más alrededor, sólo el inmenso llano, y, aquí y allá, la silueta ardiente de algunos farallones que parecían de sangre sólida.

—Hombre, por fin —rebuznó Manning—. ¡Ya estaba harto de cabalgar!

Minutos más tarde, todos desmontaban, a la relativa sombra de los robles. Ahora sí, el calor era terrible. El sol parecía lanzar como un velo transparente que se ondulaba en la distancia. Las artemisas salpicaban el paisaje. Janice no había visto nunca aquella parte del Sur de Texas, y estaba simplemente aterrada. Ella y sus dos amigas se habían dejado caer al suelo, y los forajidos las miraban sonrientes mientras encendían fuego, dispuestos a preparar comida caliente y café.

—Deberían hacer la comida ellas, ¿no? —dijo Manning.

—Pero, hombre, no seas bruto —reprendió Bailey—. ¿No ves que están muy cansadas?

—Vaya si lo están —dijo Hutchins—. ¡Y yo no quiero que estén cansadas!

Se echaron a reír todos. Wayne Mowery se estaba afeitando, desnudo de cintura para arriba. Tenía un torso enorme, velludo como el de un oso, y unos brazos como troncos, nudosos, gruesos... Cuando terminó de afeitarse, sus mejillas contrastaron blanquísimas con el bronceado resto del rostro.

—¡Demonios! —exclamó Davies al verlo—. ¡Parece que estés enfermo, Wayne!

—Vete al asco. ¿Vosotros no vais a afeitaros?

—¿Para qué? —se pasmó Bailey.

—Hombre... La ocasión es importante, ¿no? Apuesto a que son vírgenes.

—¿Qué importa eso?

—Pues hay que tenerlo en cuenta, ya lo sabéis. Así que a ninguno se le ocurra meterse con ella.

, Janice estaba aterrada como sus compañeras, pues comenzaban a intuir a qué juerga se había referido Biltmore cuando se marchó tan irritado. Pero..., ¿qué había querido decir Mowery al recordarles que no debían meterse con ella? ¿Quién era ella? Porque allí había tres chicas... ¡Oh, Dios mío, tres chicas y seis hombres, seis... bestias brutales!

—De todos modos, estás muy guapo, Wayne —dijo Mullins.

Se echaron a reír todos. Cuando estuvo lista la comida, Wayne Mowery llevó un plato a Janice Merrit, y se lo puso en las manos.

—Come, preciosa. ¡Tienes que cuidarte mucho!

Janice tenía apetito, y pensó que era absurdo privarse de la comida, que, además, olía muy bien. Comenzó a comer judías con pedazos de tocino seco..., y de pronto se dio cuenta de que no les habían dado comida a Helen y Lucy.

—Señor Mowery —murmuró.

—Dime, preciosa —la miró vivamente Mowery.

—¿Y mis amigas? No les han dado comida.

—Ellas comerán después..., si se lo ganan —dijo Mowery.

Se echó a reír, y los demás le imitaron. Comían apresuradamente, groseramente. Mullins parecía tener especialidad en emitir eructos, pero eso no molestaba a nadie. Janice había mirado a Helen y Lucy, desconcertada, pero ellas no aceptaron su mirada. Estaban pálidas, pálidas, pálidas...

Después de comer, tomaron café y *whisky*. Mullins soltó un eructo sensacional, y luego dijo:

—Bueno, venga, juguémonos los turnos.

—¡Que haya suerte! —rió Mowery.

—Tú también tendrías que intervenir, ¿no? —gruñó Davies.

—No me da la gana. Yo seré el primero, y ya está. Y si no te gusta, vamos a jugar tú y yo con el revólver, a ver quién gana... ¿Te parece bien?

—Maldita sea tu estampa...

—Hombre, ¿por qué no pruebas? —sugirió malignamente Mullins—. ¡A lo mejor resulta que eres más rápido que Wayne y todavía no lo sabes!

—Eso —apoyó Bailey—. Todo está en probar, ¿eh?

Wayne Mowery contemplaba sardónicamente a Davies, que terminó por desviar la mirada y disponerse a aceptar el juego. Tenía una probabilidad entre cinco de ser el primero. En cambio, sabía con seguridad que no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir si cometía la locura de enfrentarse a Mowery revólver en mano. Además, ¿qué demonios importaba, a fin de cuentas, ser el primero o el segundo, o el tercero...? ¡Una mujer era una mujer!

La partida la ganó Manning, que lanzó un feroz aullido de alegría. Mowery comentó:

—Deberías afeitarte ahora, ¿no te parece? ¡No todos los días tiene uno una virgen a su disposición!

—¡Al demonio! ¡Tendrá que gustarle mi barba!

—¿Y si no son vírgenes? —deslizó Mullins.

—Pronto lo sabremos. Bueno, Manning, a ver cómo te portas.

—Mejor que tú —aseguró Manning.

—Vosotros, cuidado que esa otra no intente escapar. No quiero molestias, ¿estamos?

Janice, Helen y Lucy estaban paralizadas por el más genuino espanto. Inevitablemente, lo habían comprendido todo por fin, y cuando Mowery y Manning se acercaron a ellas se desvaneció la más pequeña y remota esperanza de estar equivocadas.

—Oye, ¡y qué vestidos más bonitos llevan! —dijo Manning.

—Para lo que les van a servir...

Helen miró con ojos desorbitados a Mowery cuando éste se detuvo ante ella, mirándola sonriente. Tenía los dientes sucios, no sólo de siempre, sino de la última comida. Mowery se inclinó sobre ella y la tomó por la barbilla.

—Eres muy bonita —jadeó—. Y además, estoy seguro de que eres virgen, ¿verdad que lo eres?

Acercó su boca a la de Helen Braxton.

Y entonces, Helen Braxton comenzó a gritar.

* * *

Cuatro horas más tarde, el silencio era absoluto en el lugar. El calor parecía palpable, como un enorme saco tendido sobre la tierra. Los forajidos yacían tendidos a la sombra, fumando unos, adormecidos los otros. De cuando en cuando se oía el zumbido de algunas moscas, o piafaba uno de los caballos.

Janice estaba sentada con la espalda apoyada en el tronco de uno de los robles. Junto a ella yacían Helen y Lucy, con los vestidos desgarrados, los rostros sucios de polvo amasados con lágrimas. Pero de nada habían servido los gritos, las protestas, las súplicas ni las lágrimas... De nada. Uno tras otro, los seis hombres habían cumplido sus propósitos con las dos, hasta que quedaron inertes, como muertas. De cuando en cuando, todavía, una de ellas emitía un desgarrador sollozo de desesperación, y acto seguido gritaba como quien despierta de una pesadilla atroz.

Janice había intentado en vano consolarlas, tan desconcertada como ellas por el hecho de que a ella ni siquiera la habían tocado. Ninguna de las tres comprendía esto. ¿Por qué a Helen y Lucy sí y a Janice no?

De pronto Hutchins, que estaba tendido adormilado, se sentó en el suelo, y dijo:

—¿Y si lo hiciéramos otra vez?

—No —le miró Mowery—. Tenemos que seguir cabalgando. Nos pondremos en marcha enseguida.

—Pero, hombre podríamos...

—La noche es muy larga. Tendrás que esperar.

Janice miraba de uno a otro, despavorida. Pero menos que Lucy y Helen. Esta última comenzó a llorar de nuevo, olvidando sus absurdas precauciones de sostener contra su cuerpo los jirones en que se habían convertido su bonito vestido. Se le veía la carne por todas partes, igual que a Lucy.

Y de pronto, sin preocuparse por nada, Lucy Abbot saltó hacia una de las sillas de montar, mostrando casi completamente su cuerpo por entre las ropas desgarradas. Sus blancos y bonitos senos parecieron lanzar destellos de luz al agitarse en la rápida carrera que terminó ante la silla de montar.

Antes de que los forajidos pudieran adivinar sus propósitos, la muchacha sacó el rifle de la funda, apoyó la culata en el suelo, y se inclinó de modo que su pecho quedó sobre la boca del cañón, mientras buscaba frenéticamente el gatillo.

—¡Hey...! —aulló Davies.

Llegó junto a Lucy justo a tiempo para empujarla en el momento en que la muchacha apretaba el gatillo, y la bala que se habría hundido en el pecho de Lucy Abbot se fue hacia el cielo, mientras el estampido del disparo se expandía en todo el amplísimo ámbito del llano.

Mowery había saltado también hacia Lucy, y se apresuró a recoger el rifle recién disparado.

—¡La madre que te parió! —aulló—. ¿Estás loca, maldita idiota de los demonios? ¡Venga, vámonos ya de aquí! ¡Y mucho cuidado con esta chiflada!

Todavía estaba expandiéndose el estampido del disparo, alcanzando; ya muy amortiguado, los farallones que se veían en la distancia:

CAPÍTULO V

Los farallones habían quedado ya atrás, y también los destellos rojos del sol, que se ponía lentamente tras aquéllos. El paisaje había variado considerablemente. Ahora, al frente, se veían difusas montañas que parecían sumergidas en niebla roja, debido a los últimos rayos del sol que daban en sus laderas.

—Estamos ya cerca del Johnson Greek —dijo Mowery, tras quitarse el sombrero y pasarse una manga por la frente—. Acamparemos en la orilla, y por la mañana lo seguiremos hasta que se junte con el Devils River, y seguiremos su curso ya hasta México.

—Si fuésemos por el camino que va a Comstock llegaríamos antes a México —dijo Hutchins.

—No tenemos prisa. Y no quiero pasar cerca de ninguna población, ya lo sabéis. De modo que por la mañana seguiremos el curso del Devils River, y por la noche estaremos en México. Ahora, vamos hacia el Johnson Creek.

Llegaron al curso del arroyo Johnson cuando ya era prácticamente de noche. Lo suficiente, al menos, para que en la distancia, hacia el Sur, se viese el resplandor de una fogata. No debía estar más lejos de un cuarto de milla.

—Maldita sea, ¡no! —farfulló Davies—. ¡Otra noche sin fuego, no!

Mowery miraba, fruncido el ceño, hacia el resplandor de la fogata. Si ellos la veían, por supuesto que quienes hubieran acampado más abajo verían la de ellos. Todo estaba saliendo muy bien, de modo que no permitiría la más pequeña complicación.

—No creo que debamos preocuparnos —dijo Mullins, tras un silencio general—. Es imposible que nos estén buscando por aquí. Es más, yo creo que no se habrán atrevido a salir detrás nuestro, por las muchachas. Pero si lo han hecho, estarán ahora en la frontera, con mil palmos de narices, a muchas millas al Oeste de aquí.

—Es lo más seguro —asintió Mowery— pero será mejor que echemos un vistazo. Venid conmigo vosotros dos.

Mowery, Davies y Mullins se dirigieron hacia el resplandor rojizo, marchando al paso de sus caballos, buscando el terreno blando junto al arroyo, para no dar lugar a que se oyera el rumor de los cascos de sus caballos.

Llegaron muy pronto adonde estaba la fogata, cerca de la orilla. Pero no se veía a nadie por allí. Había una sartén al fuego, un poco más allá se veía una silla de montar en el suelo, y, cerca de ésta, un caballo. Eso era todo.

Mowery miró los rojos rostros de sus compañeros, y movió la barbilla hacia la fogata. Mullins y Davies desmontaron, desenfundaron sus revólveres, y se acercaron silenciosamente, tendiendo el oído hacia su izquierda. Estaban seguros de que de un momento a otro oirían algún ruido en la orilla del arroyo, un poco más abajo. Si había un solo caballo, habría un solo hombre, y eso ya no les preocupaba en absoluto...

Pero sí se sobresaltaron cuando, al hallarse apenas a diez pasos de la fogata, una voz brotó de entre unos arbustos:

—Pongan las manos sobre sus sombreros —ordenó fríamente aquella voz — o les lleno el cuerpo de plomo.

Los dos forajidos se apresuraron a obedecer, pero Davies también se apresuró a decir:

—Tranquilo, amigo. Somos gente de paz.

—¿Gente de paz, con un revólver en la mano? ¡Vamos, déjenlo caer al suelo y acérquense más al fuego!

—No sabíamos qué podíamos encontrar —farfulló Davies.

—Si quieren charlar, será después de que yo tenga sus armas... ¡Hagan lo que les he dicho! ¡Sin bajar las manos de ahí arriba!

Mullins y Davies dejaron caer sus revólveres, y entrelazaron sus dedos sobre la copa del sombrero. Luego, se acercaron más a la fogata, en la que la comida comenzaba a humear reveladoramente: se estaba quemado.

—Malditos sean..., ¡saquen la sartén del fuego, idiotas!

Lo hizo Davies colocándola en el suelo junto a la fogata. Luego, volvió a poner las manos sobre el sombrero. A los pocos segundos, apareció un hombre, rifle en mano, apuntando hacia ellos. Se les acercó lentamente, pero sin poder disimular su cojera. El resplandor del fuego teñía de rojo especialmente sus facciones barbudas, y revelaba especialmente la cicatriz junto a un ojo...

Trevor Dasch se acercó a los dos forajidos por un lado, se detuvo, y se quedó mirándolos.

—¿Dónde tienen sus placas? —gruñó.

—¿Qué placas? —se desconcertó Mullins.

—¿No son representantes de la ley?

—Claro que no. ¿Y usted?

—Muy gracioso —farfulló Dasch—. ¡Muy gracioso, amigo! Y no esperen engañarme. Cuando dos tipos se acercan con...

—Hay otro más, por lo menos —sonó la voz de Mowery detrás de Dasch—. Y le está apuntando a la espalda..., amigo. Será mejor que deje caer ése rifle.

Trevor Dasch comenzó a maldecir sordamente contra sí mismo. Luego, dejó caer el rifle. En el acto, Davies lanzó un aullido de furia, se abalanzó sobre él y le lanzó un patadón hacia el bajo vientre, Trevor Dasch lanzó un berrido, se llevó las manos al lugar golpeado, y retrocedió, encogido, lívido el rostro.

—¡Hijoputa de mierda! —vociferó Davies—. ¡Yo te voy a enseñar...! ¡Te voy a matar a patadas, cabrón...!

—Apártate —dijo Mullins que había recogido el rifle de Dasch—. Yo me encargo de él. Le llenaré de plomo sus malditas entrañas que...

—Dejadlo —apareció Mowery, revólver en mano—. Vamos a ver quién es y qué hace aquí.

—¡Qué coño de dejarlo...! —aulló Davies.

Y lanzó otro patadón hacia Dasch, que retrocedió, todavía torpemente, para esquivar el golpe, y cayó sentado. Apenas había tocado el suelo, Mowery, tras él, le colocó un feroz puntapié en los riñones que hizo saltar a Dasch..., para recibir en la barbilla un culatazo de su propio rifle aplicado ferozmente por Mullins. Los ojos de Dasch giraron velozmente en las órbitas, y cayó de bruces, mordiendo el polvo. Mowery se acercó a la silla de montar, junto a la cual, envuelto en un trozo de manta, estaba el cinto con el revólver de Trevor Dasch.

—Un tipo listo, ¿eh? Sabe cuidar muy bien su revólver del relente y del polvo..., y al mismo tiempo lo esconde por si se presenta la ocasión de utilizarlo.

—Liquidémosle y en paz —dijo Mullins—. Y podemos quedarnos con su fogata. Nos hemos ahorrado trabajo.

—Tranquilo —dijo Mowery, acercándose a Dasch, al que atizó un puntapié—. Hey, amigo, póngase en pie, vamos. ¡Vamos!

Dasch ladeó la cabeza y alzó la mirada. Apoyó las manos en el suelo, y se puso en pie, torpemente. Wayne Mowery le miraba con evidente sarcasmo, relucientes sus ojos.

—¿Quién es usted? —interrogó, con tono tan amable que Davies y Mullins le miraron sorprendidos—. ¿Y hacia dónde se dirige?

—Me llamo... Uriah Chesney... Voy a México.

—Uriah Chesney y va a México. ¿Por qué pensó que éramos representantes de la ley? ¿Acaso le están persiguiendo?

Trevor Dasch le dirigió una torva mirada, y no contestó. Mowery se echó a reír.

—¡De modo que le están persiguiendo! —exclamó divertidísimo—. Bueno, no se preocupe, nosotros no tenemos nada que ver con la ley. Quiero decir, a favor de la ley... Todo lo contrario. ¿Verdad, muchachos?

Rió de nuevo, y Davies y Mullins le imitaron como de mala gana, por inercia. Trevor Dasch iba mirando de uno a otro con desconfianza. De pronto, Mowery dejó de reír, y su mirada pareció taladrar a Dasch.

—Saque todo lo que lleve en los bolsillos —ordenó secamente.

—¡Je! —exclamó Dasch—. ¡Si esperan hacerse ricos conmigo están listos!

—No necesitamos para nada sus mierdosos centavos. ¡Saque todo lo que tiene en los bolsillos! Y déjelo ahí en el suelo.

—Están perdiendo el tiempo. No tengo din...

—No queremos dinero. Lo que buscamos, amigo, es una placa que usted haya podido esconder en su bolsillo. Porque a lo peor, resulta que es usted el representante de la ley que anda por aquí buscando algo... ¿Comprende, amigo?

Trevor Dasch le contemplaba estupefacto. De pronto, sonrió torcidamente, se arrodilló con gran dificultad, y comenzó a sacar lo que llevaba en los bolsillos. A una seña de Mowery, se alejó unos pasos. Mowery se arrodilló, y comenzó a examinar las pocas cosas que Dasch había colocado en el suelo. Inmediatamente, le llamó la atención un papel doblado varias veces, que tomó y desdobló lentamente, sin dejar de mirar a Dasch.

Cuando terminó de desdoblar el papel, lo miró. Y en su rostro apareció una notable mueca de estupefacción.

—¡Qué te parece! —exclamó un par de segundos después.

—¿Qué pasa? —preguntó Mullins.

Mowery se irguió, sonriendo.

—Pues es verdad —rió inesperadamente Mowery—. ¡El tipo se llama Uriah Chesney! ¡Mirad esto! ¿No es divertido?

Les tendió el papel a Davies y Mullins. Era un pasquín de busca y captura de Uriah Chesney, fechado tres años antes, lo que justificaba la ausencia de

barba, en el retrato de Uriah Chesney.

—No parece el mismo —dijo Davies.

—Que sí, hombre, que sí —aseguro Mowery—. Pero el chico es muy listo, y cree que con una barba lo arregla todo.

—Dan mil quinientos dólares por él —sonrió Mullins.

—Podríamos hacernos ricos, ¿no? —rió Mowery.

—Pero ¿y si nos equivocamos de hombre? —insistió Davies—. Yo digo que no es el mismo.

—Y yo te digo que sí —gruñó Mowery—, y ya verás qué pronto te convencerás, cuando nuestro amigo Uriah se haya afeitado. ¿O prefieres que te matemos, amigo Uriah?

—Me parece —masculló Dasch— que vosotros sois tan pájaros de cuenta como yo, pero no, vais a divertirlos conmigo. Os vais a tomarle el pelo a vuestra madre.

—¡Te voy a...! —amenazó Mullins.

—Calma, hombre —recomendó Mowery—. A fin de cuentas, el amigo Uriah tiene razón: somos lobos de la misma carnada. ¿Por qué hemos de pelearnos entre nosotros?

—Liquidémosle y en paz —dijo Mullins.

—Claro que no —rechazó tan drástica idea Mowery—. Eso es una idiotez. ¿Viajas solo, Chesney?

—Sí —farfulló Dasch.

—Nosotros somos un buen grupo, del que yo soy el jefe. Te digo esto de la jefatura porque si te interesa unirte a nosotros ya sabes a qué atenerte.

—¿Para qué lo queremos? —protestó Davies—. Somos suficientes, Wayne.

—Hemos sido suficientes para lo que hemos hecho hasta ahora, Davies. Pero a partir de ahora vamos a hacer cosas mucho más grandes, y eso lo sabes muy bien. Se pueden hacer cosas importantes cuando hay una buena cabeza que sabe pensar. Y la prueba la tienes en lo último que hemos hecho. ¿O no?

—Sí —admitió de mala gana Davies.

—Pues ya está. Bueno, Chesney, ¿qué dices? ¿Te interesa formar parte de mi grupo, que cada vez será más numeroso y cada vez daremos golpes más importantes?

—Estoy acostumbrado a ir solo —murmuró Dasch—, pero no se puede decir que me haya ido demasiado bien. Y todos modos, es mejor ir mal acompañado que estar muerto.

—¡Seguro que sí! —rió Mowery—. Eres un tío listo. Pero te lo advierto: nada de tonterías. Aquí el jefe soy yo, y si te gusta, bien, y si no te gusta, te largas. ¿Está esto bien claro?

—Sí.

—Muy bien. Mullins, ve a buscar a los demás. Acamparemos aquí. Es un buen sitio. Y devolvedle el rifle a Chesney.

Por su parte, Mowery devolvió a Dasch el cinto con el revólver. Recuperó también su rifle, que fue a colocar en la silla de montar, envolviendo de nuevo el revólver con el trozo de manta. Mullins y Davies no estaban demasiado convencidas de la decisión de Mowery, pero sabían cómo las gastaba éste, así que se resignaron. Además, era cierto que en el futuro, bien dirigidos, darían grandes golpes, y seguramente un tipo como Uriah Chesney sería de utilidad en la banda.

Davies y Mowery miraban a Dasch mientras éste iba de un lado a otro, y por fin, Mowery preguntó:

—¿Qué te pasa en la pierna?

—Un balazo.

—¿Y en la cara?

—Una cuchillada.

—Parece que te has estado divirtiendo, ¿eh?

—Peor lo pasaron los que me lo hicieron. Ahora están criando gusanos.

—De modo que tiras bien, ¿eh?

—Más o menos —le miró malignamente Dasch.

Mowery volvió a reír. Y rió de nuevo cuando Dasch comenzó a maldecir por lo bajo al ver que su cena se había quemado irremediablemente.

—Tómalo con calma —dijo alegremente—. Nosotros tenemos de todo.

—Yo también tengo de todo, estos días —dijo Dasch—, pero no me gusta desperdiciar comida. Lo que se me está terminando es el *whisky*.

—Todo se arreglará, hombre.

La conversación terminó. Al poco oyeron la llegada del resto del grupo, que apareció en el pequeño claro junto al arroyo. Trevor Dasch se colocó de modo que la luz de la fogata le diera de lleno en el rostro, y cuando vio a Janice Merrit se llevó una mano a la cara, como para tocar la cicatriz, pero lo que hizo fue colocar ante sus labios, un instante, el dedo índice extendido.

Janice Merrit se irguió un poco en la silla al verlo, y hubo en sus ojos un parpadeo de sorpresa, pero eso fue todo. La muchacha supo dominarse bien, y Dasch se sintió aliviado. Tan sólo con que ella hubiese lanzado una exclamación, todo habría terminado para él.

Miró también a Lucy Abbot y Helen Braxton, y sus labios se apretaron con seco gesto al ver el estado de las ropas de ambas, y la expresión de su rostro, que ni siquiera varió cuando las dos le miraron. Si acaso, un leve gesto de estupor apareció en sus demacrados semblantes, pero eso fue todo. Por suerte para todos, las muchachas no eran precisamente tontas. En cuanto a Dasch, siguió con su farsa.

—¿Lleváis mujeres? —gruñó—. Eso no me parece conveniente. Las mujeres sólo sirven para...

—¡Para eso las llevamos! —rió Mowery—. No te preocupes, sólo están con nosotros provisionalmente. Son hijas de tres ganaderos muy ricos, y ya hemos enviado a uno de los nuestros a pedir un buen rescate por ellas. Mientras tanto, nos las vamos tirando, para que tengan cosas interesantes que contar.

Los demás soltaron unas risitas. Por supuesto, Mullins había informado a Bailey, Hutchins y Manning respecto a Uriah Chesney, así que los forajidos se limitaron a mirarlo con curiosidad, y eso fue todo.

Impenetrable el rostro, Dasch miraba a Janice Merrit, cuyo vestido blanco estaba ciertamente muy deteriorado y sucio, pero no destrozado, como los de Helen Braxton y Lucy Abbot.

—Bueno —dijo—, en lo que a mí respecta, si hay que divertirse prefiero a la pelirroja.

—Nada de eso —dijo Mowery—. La pelirroja es intocable, amigo. A lo mejor ya está harta de darle gusto al cuerpo con los vaqueros de su rancho, pero eso ya no es cuenta nuestra. Mientras esté con nosotros no se le tocará ni un pelo.

—¿Y eso por qué? ¿Qué tiene de diferente con las otras? Pero ¡bah!, lo mismo me da. La verdad es que las tres son muy flacas. A mí me gustan las mujeres con mucha más carne. La última que me tiré, cerca de El Paso, tenía las tetas más gordas que los culos de estas tres. ¡Aquello sí era una mujer!

—De todos modos estas tres no las ibas a catar —masculló Davies.

—Que os aprovechen —encogió los hombros Dasch—. Yo lo que quiero es comer.

* * *

—Oye, Chesney —dijo Mullins cuando hubieron terminado de cenar—, coge los cacharros y ve a lavarlos al arroyo.

—¿Y no quieres que te lave también los huevos? —lo miró irónicamente Dasch.

—Calma, amigo —intervino Mowery—. Es la costumbre entre nosotros: el último en unirse a la banda hace esas cosas. Pero no te preocupes, pronto tendrás quien te sustituya. Mientras tanto, será mejor que aceptes las cosas como son. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, maldita sea.

—Y por la mañana, te afeitas —rió Mowery—: todos queremos verte bien la cara.

—Al demonio —masculló Dasch.

Lo recogió todo, y se dirigió hacia la orilla del arroyo. No tardó mucho en comenzar a oír los gritos de Lucy Abbot y Helen Braxton, pero pronto fueron acallados..., o bien las muchachas se cansaron de gritar, puesto que todo era en vano.

Cuando Dasch regresó al campamento, Mowery y Hutchins ya estaban sentados junto al fuego, bebiendo *whisky*.

Un poco más allá, entre los matorrales, se oían sollozos y jadeos, y de cuando en cuando una risa grosera...

—¡No! —gritó Helen Braxton—: ¡Eso no, no, no...! ¡NOOOO!

Se oyó un golpe, una risa, un llanto desesperado... Dasch encendió un cigarrillo, se sentó con Hutchins y Mowery, tomó la botella y bebió un largo trago, mientras miraba a Janice Merrit, que, envuelta en su manta y encogida junto a las sillas de montar, le miraba como hipnotizada, palidísima. Ni un músculo se movió en el rostro de Dasch..., y se alegró de ello enseguida, cuando miró a Mowery y vio la mirada de éste fija en él.

—Si quieres, cuando los muchachos terminen, tú también puedes divertirte un poco, Chesney —ofreció Mowery.

—No tengo gran interés. ¡Si al menos estuviesen gordas!

—Son jóvenes y bonitas.

—Me parece que no están contentas de eso, en estos momentos. Bueno, tal vez mañana me tire a una de ellas, si estoy de mejor humor. ¿Hacia dónde iremos?

—Hacia el Sur. Tienes el tercer turno de guardia.

—Lo suponía —masculló Dasch—. Así que me voy a dormir, si no os importa.

Ni le contestaron. Bebió otro trago de *whisky*, se envolvió en la manta, y se tendió en el suelo, de espaldas a Janice Merrit, que parecía una estatua. El grito desgarrador de Helen Braxton lo estremeció, pero eso fue todo.

* * *

—Eh, Chesney —le dio un leve puntapié Hutchins—, vamos, es tu turno.

Simplemente, Dasch se puso en pie, tomó su rifle, y fue a sentarse junto al fuego, envuelto en la manta. Hutchins se tendió a dormir, y al poco se oían sus ronquidos. Chocante. Y horrible... Hacía falta tener unas entrañas muy negras para poder dormir con esa facilidad después de lo que habían estado haciendo.

Al poco, Dasch se puso en pie, recogió algunas ramas secas, y las echó al fuego. A la luz de las llamas vio los abiertos ojos de Janice Merrit fijos en él, muy abiertos. Había en los ojos de la muchacha una expresión de súplica y de desconcierto.

Trevor Dasch agarró la botella de *whisky* que habían dejado al fuego, bebió un trago y luego se puso a liar un cigarrillo.

Eso fue todo.

CAPÍTULO VI

Cuando terminó de lavar los cacharros del desayuno procedió a afeitarse. Luego, regresó al campamento, donde los caballos, excepto el suyo, estaban ensillados.

—Hombre, te has afeitado —rió Mullins—. ¡Eso está bien! Dasch no le hizo caso. Dejó en el suelo los cacharros limpios y se dirigió hacia su silla de montar, en cuyas alforjas guardó la navaja y el viejo espejo. Luego, ensilló su caballo, mientras Mowery le miraba y miraba el pasquín de recompensa por Uriah Chesney vivo o muerto. Un poco más allá, sentadas en el suelo, las tres muchachas miraban como fascinadas a Dasch. La cicatriz junto al ojo se veía más ahora, descendiendo un par de pulgadas más hacia la mejilla.

Mowery se acercó a él.

—¿Qué hacemos con esto? —alzó el pasquín—. ¿Lo quemamos?

—Claro que no —gruñó Dasch, quitándoselo de un manotazo—. Es un recuerdo. Y además, me trae suerte.

—Tú eres idiota —rió Mullins.

Dasch le miró de reojo. Se guardó el pasquín, envolvió la culata del revólver con un trapo, y se dispuso a montar. Mullins habló de nuevo:

—¿Vas a cabalgar llevando el revólver así?

—Sí. No me gusta que se llene de polvo.

—Me parece que te das demasiada importancia, amigo —rió Mullins—. Y a lo mejor ni siquiera sabes tirar medianamente bien.

—¿Quieres probarlo? —sonrió de pronto Dasch mirando a los ojos Mullins.

Éste sintió como un mordisco en el estómago. Algo le advirtió de que las cosas se podían poner muy mal para él según corrió reaccionase. Pero no tuvo tiempo de determinar esto por sí mismo, porque Mowery dijo, riendo:

—Bueno Mullins, ¿qué dices a eso?

—Es un bocazas —susurró Mullins.

—Me parece —dijo lentamente Dasch— que aquí no hay más bocazas que tú, amigo. ¡Y ya estoy harto de aguantarte! De modo que olvídate, ¿de

acuerdo? Mantén la boca cerrada, o yo te la cerraré.

—Eso habría que verlo —consiguió decir Mullins.

—Escucha, Mowery —miró Dasch al jefe de la banda—, dile a este imbécil que me deje en paz, o la cosa se va a complicar. Y que quede bien claro que no será por mi culpa. Luego no me vengas con cuentos.

—Por mí no os preocupéis —sonrió malignamente Mowery—. El asunto es sólo vuestro. Si sois tan idiotas de mataros, hacedlo. Seremos menos a repartir..., si es que ganabas tú, claro, porque de lo que hemos robado hasta ahora no vas a recibir ni un centavo.

—Todo lo que quiero es que este baboso me deje en paz.

—Oye. Mullins —dijo Davies—: me parece que te ha llamado baboso.

Se oyeron algunas risas. Mullins estaba captando la situación perfectamente/mejor que ninguno. No sentía, en aquel momento, el menor deseo de enfrentarse a Uriah Chesney, pero sabía que sí dejaba la cuestión tal como estaba se le iban a estar riendo una buena temporada.

—Pues yo le llamo mamón y malnacido —deslizó—. Y además, me cisco en sus muertos.

Trevor Dasch ladeó la cabeza y se quedó mirando durante unos segundos a Mullins. Luego, muy despacio, retiró del revólver el trapo con el que lo protegía del polvo, retrocedió un par de pasos, y se llevó la mano izquierda a la oreja.

—¿Cómo has dicho, hijo de perra? —preguntó amablemente.

—He dicho que eres...

Mientras hablaba, Mullins llevó la mano al revólver, lo sacó velozmente, comenzó a apuntar a Uriah Chesney..., y éste disparó entonces. El trallazo del disparo resonó fuertemente en la quieta madrugada, y acto seguido el alarido de Mullins. El último alarido, pues la vida se le fue con él. Recibió el plomó en pleno corazón, y la fuerza del impacto lo derribó brutalmente, revoleándolo junto a los restos de la fogata recién apagada.

Se oyeron las sobresaltadas exclamaciones de las tres mujeres, pero los hombres permanecieron en silencio, mirando incrédulamente a Mullins, cuyos ojos abiertos miraban el cielo limpio y azul.

Por fin, Mowery murmuró:

—Buen disparo, Chesney.

—Puedo hacerlo mejor —dijo Dasch—. Esta mañana estoy un poco desganado.

—¿De veras? ¿Puedes hacerlo mejor?

—Bastante mejor. Y os lo repito: no vais a tomarme el pelo. Si me queréis con vosotros, bien; si no me queréis, de acuerdo. Pero no me toquéis las narices.

—Entierra a Mullins —dijo suavemente Mowery—. Si lo encontrasen y lo reconociesen sabrían por dónde estamos. ¿Algo que oponer?

—No, porque eso me parece razonable —gruñó Dasch:

Repuso el cartucho gastado, enfundó el revólver y volvió a protegerlo del polvo. Janice le miraba con expresión horrorizada, pero para Dasch era como si no hubiese mujer alguna allí. Se dispuso a enterrar a Mullins después que los otros comprobaron que estaba muerto y lo desvalijaron de todo cuanto llevaba. Los miembros de la banda miraban hoscamente a Dasch, pero dos de ellos le ayudaron, a una indicación de Mowery.

Poco después, ya el sol despegado de la línea del horizonte, se pusieron en marcha.

«Uno menos —pensó Dasch—. Pero cinco siguen siendo demasiados, en estas circunstancias. Son una jauría salvaje capaces de todo... Y no me gusta la expresión de los ojos de Mowery».

Hacía más de media hora que cabalgaban en silencio cuando Bailey dijo, de pronto:

—¿Sabes, Chesney? No me ha gustado nada eso.

Dasch, que cabalgaba a la izquierda de Bailey, volvió la cabeza y lo miró fríamente.

—¿A qué te refieres?

—A lo de Mullins.

—No te ha gustado, ¿eh?

—No, no me ha gustado.

—Pues te jodes.

Mowery soltó una risita, pero enseguida dijo:

—Dejaros de tonterías. No quiero más peleas entre nosotros. Tú, Chesney, vete atrás con las chicas, y dile a Hutchins que venga, que quiero hablarle.

Dasch asintió, tiró de las bridas hacia un lado y el caballo se apartó. Hutchins se quedó mirando inexpresivamente a Dasch cuando éste se colocó a su lado.

—Dice Mowery que vayas a hablar con él. Yo ocupo tu puesto.

—Bien.

Hutchins se adelantó, con breve galope. El sol comenzaba a calentar de firme y apenas hacía una hora que había salido. Dasch se quitó el sombrero, y se pasó una manga por la frente. Cuando la retiró, vio a Janice con la cabeza

vuelta hacia él, mirándole, con expresión entre angustiada e interrogante. Dasch se limitó a mover negativamente la cabeza, con un gesto que sólo Janice captó, se puso el sombrero, y continuó cabalgando en silencio.

¿Qué podían estar hablando Mowery y Hutchins? Había comprendido ya que Hutchins era el lugarteniente de Mowery, y era natural que cambiasen impresiones, pero, no se sentía nada tranquilo. Presentía algo indefinible, pero inquietante.

Miró expectante a Janice cuando ésta retrasó su caballo y se colocó junto a él.

—¿Puede darme agua, por, favor? —pidió la muchacha.

Dasch descolgó la cantimplora y se la tendió en silencio. Bailey había vuelto la cabeza, y los miraba perversamente. Janice bebió, y devolvió la cantimplora.

—Gracias.

—¡Ha dicho gracias! —rió Bailey—. ¡Eso sí es estar bien educado, por mi madre!

Mowery y Hutchins volvieron la cabeza, los miraron, y luego continuaron conversando.

—Trevor —susurró Janice—. Trevor, ¿qué significa...?

—Cállese.

—Pero usted...

—Por lo que más quiera, cállese.

—¿Qué te ha dicho ahora, Chesney? —preguntó Bailey.

—¡Qué le gusto mucho! —rió Dasch.

—Muy gracioso. Cuidadito con ella, ¿eh? ¡Ese bocado no es para nosotros!

—¿Pues para quién es?

Bailey se echó a reír. Dasch miró a Helen y Lucy, que cabalgaban en silencio, con la cabeza caída sobre el pecho. Se les veían los pechos, la espalda y las piernas. Tenían arañazos en todas partes, pero ellas parecían no sentir ya nada. La expresión de sus rostros era de un patetismo estremecedor.

Cuando Dasch volvió a mirar a Janice ella le estaba a su vez, mirando fijamente. Dasch miró a los hombres que le precedían, y desistió de conversar con la muchacha, que lo comprendió y no insistió.

Estaban siguiendo el curso del Devils River, y cerca del mediodía avistaron Devils Lake. Manning señaló el lago, y dijo:

—Ahí si hay agua, muchachos... ¡Vaya si hay agua!

—Mejor sería que fuese *whisky* —dijo Davies.

—¡Eh, Wayne! —alzó la voz Manning—. ¿Qué tal si nos refrescamos un poco? ¡Podríamos parar un rato junto al lago!

—¡Y las chicas podrían bañarse! —rió Bailey—. Me parece que tienen mucho calor. ¡Y además, están muy sucias! Oye, Manning, ¿a ti te gustan las mujeres sucias?

—Claro que no —rió Manning—. ¡A mí me gustan las mujeres muy limpias! Oye, Wayne, deja que las chicas se bañen, hombre... ¡Están muy sucias y cansadas!

Mowery había vuelto la cabeza y sonreía. Algo debía divertirle mucho, porque al final se echó a reír, y, sin más comentarios, desvió la marcha hacia la izquierda, donde refulgían las aguas del Devils Lake. Poco después, todos desmontaban cerca de la orilla, bajo un grupo de árboles que proyectaban suficiente sombra para protegerse del sol.

—Estamos a unas cuarenta millas de la frontera —dijo Mowery—, así que esta noche llegaremos allá, si no nos entretenemos demasiado.

Los caballos estaban bebiendo. Los forajidos se echaban agua a la cara. Bailey llenó el sombrero, y se la echó por encima, riendo. Manning y Davies le imitaron, también riendo. Luego, tras cambiar una mirada, volvieron a llenar de agua sus sombreros, se acercaron a las prisioneras, y Manning echó el agua sobre la cabeza de Lucy Abbot, y Davies sobre la de Helen Braxton, que gritaron asustadas.

—¡Pero si es para refrescaros, tontitas! —rió Davies—. ¡El calor que hace es para morirse!

—Pero bueno —dijo Bailey—, ¿no iban a darse un baño? ¡Eh, Mowery!, ¿se bañan o no?

—Claro que sí —dijo Mowery—. Hale, chicas, ¡al baño!

Se echaron a reír todos. Lucy y Helen miraban a los forajidos con expresión rayana en la demencia. Dasch tuvo que desviar la mirada, pues si seguía viendo las expresiones de las muchachas temía no poder contenerse y echarlo todo a rodar..., lo cual significaría la muerte de todos ellos: de él y de las tres mujeres.

—Oye —dijo, Davies—, ahora que pienso, ¡todavía no las hemos visto desnudas! Nos las hemos tirado y retirado, pero no las hemos visto desnudas... ¡Eso no puede ser!

La mirada desorbitada de Janice se desvió hacia Dasch, que estaba mirando el suelo. Ni siquiera alzó la cabeza cuando oyó los gritos de Helen y Lucy al ser desnudadas a tirones por los forajidos, que terminaron de destrozarse sus Vestidos...

—¡Y ahora, al agua! —rió Hutchins—. ¡Bien limpietas, para cuando volvamos a tener ganas de vosotras!

—Pues mira, ya que lo dices —rió Bailey—, a mí no me vendría mal echar un polvo ahora mismo.

—¡Pero primero que se bañen!

Dasch oyó las palmadas sobre la carne desnuda, las risas de los hombres, los sollozos de Helen y Lucy. Alzó la mirada y vio a Janice de pie, inmóvil, lívida. Un poco más allá, Hutchins, Davies, Manning y Bailey conducían a las muchachas hacia la orilla del lago dándoles palmadas en las nalgas, y manoseándolas groseramente.

Miró vivamente a Mowery cuando le oyó decir:

—También usted puede bañarse si lo desea; señorita Merrit. Por nosotros que no quede. Pero luego no diga que la obligamos, ¿en?

Janice ni siquiera lo miró. Dasch entornó los párpados. Lucy y Helen gritaban mientras eran empujadas al agua por los cuatro canallas, que se metieron con ellas y comenzaron a frotarlas, sin dejar de reír.

—¿Tú no quieres divertirte, Chesney? —ofreció Mowery.

—Las vais a matar si continuáis tratándolas así —replicó secamente Dasch—. ¿Cuánto esperáis sacar por ellas?

—Cincuenta mil dólares.

El asombro de Trevor Dasch fue auténtico.

—¡Cincuenta mil dólares! —exclamó—. ¡Eso es mucho dinero!

—No está mal, ¿eh? Pero sus familias lo tienen, puedes estar seguro.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Hombre, estamos bien informados. A ver si te crees que vamos por ahí como tontos.

—¿Qué quiere decir eso de que estáis bien informados?

Mowery frunció el ceño, pareció a punto de decir algo, y optó por dirigirse hacia la orilla del lago, para tomar parte en la diversión.

—Vigila a la señorita Merrit —la señaló con la barbilla—. A lo peor tiene la tonta idea de saltar sobre un caballo para escapar, y no tengo ganas de molestarme en alcanzarla.

—Descuida.

Dasch se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, y procedió a liar un cigarrillo. Los gritos de las muchachas seguían sonando en el lago.

—Dios mío —susurró Janice—. ¡Dios mío!

Dasch la miró, miró hacia el lago, y volvió a mirarla.

—Si usted quiere, señorita Merrit —murmuró—, termino con todo esto ahora mismo. Todo lo que tengo que hacer es empezar a disparar..., hasta que me maten y las maten quizá a ustedes. A usted no, por lo que estoy entendiendo, pero sí a sus amigas, porque de todos modos piensan matarlas.

—No... ¡No es cierto eso! ¡No!

—Sí, lo harán. Es decir, piensan hacerlo..., pero cuando se hayan divertido lo suficiente. Si tenemos suerte, antes de que llegue ese momento habré podido hacer algo por ellas.

—Las... las... han violado.

—Ya lo sé. Pero aún están vivas.

—¡Yo preferiría estar muerta!

—La comprendo —susurró Dasch—. Pero hay cosas que se olvidan con el tiempo, y la muerte no se olvida: es para siempre.

Janice fue a sentarse al lado de Dasch.

—Cuando le vi... pensé que estaba... soñando. No podía creer que fuese usted, Trevor.

—Las tres se portaron muy bien —Dasch encendió el cigarrillo—. Y si conservan la serenidad es posible que pueda sacarlas de este apuro. Puedo hacerlo a mi manera, pero si quieren puedo hacerlo a la suya, empezando a disparar caiga quien caiga.

—Le matarían a usted.

—Con eso no se perdería gran cosa. Son ustedes las que me preocupan.

—¿A usted no le importa morir?

—No he dicho eso. He dicho que no se perdería gran cosa.

—Dijeron... dijeron que usted se llamaba Uriah Chesney, y que está reclamado por mil quinientos dólares. ¿Cómo ha podido engañarlos?

—No los he engañado a ellos, sino a ustedes. A Jim, el capataz de su rancho, a usted, a su padre...

—¿Quiere decir que se llama realmente Uriah Chesney..., y que le persigue la ley?

—Me persiguió. Ya no. Estuve dos años y pico en presidio.

—Dios mío... ¿Por qué?

—Maté a un hombre por la espalda. Bueno, eso dijeron.

—¿Pero no era cierto? —exclamó Janice.

—A medias. Es cierto que le maté por la espalda, pero fue porque él huyó después, de dispararme a traición. Me acertó en la rodilla —se la tocó como si quemara—, y yo caí. Él creyó que me había matado, y echó a correr para que no le vieran, para que no supieran que había sido él. Fue en Abilene, en un

callejón, de noche... Yo no pude verle bien. Sólo oí el disparo, sentí el impacto de la bala, y caí al suelo. Vi una sombra en el callejón, comprendí que me habían tendido una emboscada, y disparé para defenderme... Como él huía, te alcancé en la espalda, y lo maté. Yo no pude ver si estaba de espaldas o de frente dispuesto a seguir disparando. Sólo sabía que me habían acertado con una bala, y que podían matarme, así que me defendí. Eso fue todo. Cuando lo expliqué, después que me capturaron tiempo atrás, unos me creyeron, y otros no. Los que me creyeron, me ayudaron, y gracias a eso me condenaron solamente a cinco años de prisión. Estaban en la duda, pero lo cierto era que había matado a un hombre por la espalda.

—Debió ser horrible para usted... Pero si le condenaron a cinco años, ¿cómo fue que estuvo solamente dos y pico preso?

—Fui un buen muchacho en la penitenciaría —sonrió mordazmente Trevor Dasch—. El alcaide se dio cuenta de que yo no era una bestia, como la mayoría, y que sabía muchas cosas. Me puso al cargo de la biblioteca. Aprendí mucho —volvió a sonreír, como asqueado de sí mismo—, pero ya ve que no me ha servido de gran cosa. Todo lo que conseguí tras vagar unos meses por Texas, fue un empleo en una cuadra. Y eso, porque decidí utilizar un nombre falso. Lo que significa, ahora, que aunque salgamos bien de esto, habré perdido mi empleo.

—Yo no se lo diré a nadie, Trevor.

—Sus amigas lo harán. Lo recordarán, lo dirán, lo sé.

—Y a pesar de eso, lo ha dejado todo para jugarse la vida por nosotras tres.

Uriah Chesney se quedó mirando fijamente a Janice Merrit. Luego, esbozó otra sonrisa desganada y miró hacia la orilla del lago, donde ahora no se oía nada. Nada. Sabía lo que estaba ocurriendo, Y seguiría ocurriendo hasta que la jauría salvaje se cansara de sus dos juguetes..., que ya estaban aprendiendo a aceptar lo inevitable, sin gritar.

—Siento lo que está ocurriendo —murmuró—, pero ya le digo que si hubiese hecho las cosas de otro modo habría sido peor. A menos, claro, que realmente esas muchachas prefieran morir. Eso sí podría hacerlo, ¿ve?: meterles una bala en el corazón. Y así dejarían de sufrir. Pero el sufrimiento llega a desaparecer... Dentro de unos cuantos años, si todo sale bien, podrán ser felices, seguramente habrán olvidado esto, tendrán una casa, hijos...

—¿Quiere decir que se casarán?

—Claro —la miró sorprendido Trevor Dasch.

—No tan claro —susurró Janice—. Cuando los muchachos de Sheffield sepan lo que ha pasado... Bueno, no creo que ninguno de ellos quiera casarse nunca con Helen o Lucy.

—Si las aman, lo harán.

—¿Lo haría usted?

—Naturalmente.

—Entonces quizá tenga alguna oportunidad, porque nadie las querrá.

—La cuestión está, señorita Merrit, en que yo no amo a ninguna de sus amigas.

—¿A quién ama?

—A usted.

Se quedaron mirándose fijamente, pero Janice no tuvo oportunidad de replicar en modo alguno a Dasch, porque justo en aquel momento oyeron tras ellos la voz de Bailey entre los arbustos.

—Muy bonito todo... ¡Muy bonito, tío listo!

CAPÍTULO VII

Dasch se puso rápidamente en pie, girando, llevando la mano al revólver, pero la detuvo en seco al ver que Bailey empuñaba ya el suyo y le apuntaba al pecho. Bailey rió quedamente.

—Eres todo un tío listo, ¿en? —insistió—. Debería matarte ahora mismo, pero lo haremos de otro modo más divertido: te llenaremos las piernas de plomo y te dejaremos para que te pudras al sol y te coman los buitres. Cuando Mowery sepa...

Bailey hablaba demasiado. Y cometió el error suplementario y definitivo de salir de entre los arbustos y acercarse a Dasch mientras hablaba. No se acercó demasiado, pero sí lo suficiente. Trevor Dasch disparó su pierna rígida, y el pie alcanzó a Bailey en la mano, haciendo saltar el revólver. Bailey abrió la boca, dispuesto a gritar, pero no tuvo tiempo; con el mismo impulso de apoyar la pierna en el suelo, Dasch se le acercó, y le disparó un puñetazo tal estómago que lo dejó sin aliento, doblado sobre sí mismo.

Janice se había llevado las manos a la boca y miraba horrorizada a los dos hombres. Trevor Dasch parecía dispuesto a rematar a Bailey con el revólver, pero de pronto lo empujó de nuevo hacia detrás de los arbustos, y allí le aplicó otro violento puñetazo al estómago, en corto, que dejó a Bailey poco menos que muerto, sin respiración. Lo dejó apoyado en un árbol, regresó rápidamente junto a la desconcertada Janice, recogió el revólver de Bailey, y disparó con él contra el suelo, cerca de donde había estado sentado fumando. La bala rebotó y fue hacia el lago. Inmediatamente, Dasch tiró el revólver de Bailey hacia donde estaba éste haciendo esfuerzos por recuperar la respiración.

No pudo conseguirlo.

Ni volvería a conseguirlo jamás.

Dasch sacó su revólver y disparó contra Bailey acertándole en el centro del pecho. Bailey se irguió, desencajado el rostro, desorbitados los ojos, saltando hacia atrás y derrumbándose entre los arbustos.

Trevor miró a la definitivamente horrorizada Janice.

—Él me disparó primero, no sabe usted nada más —dijo, con voz tensa.

Se tiró al suelo, giró y quedó orientado hacia donde yacía Bailey, disparando de nuevo, pero alto esta vez, a propósito. Desde la orilla del lago llegaron algunas voces, y enseguida aparecieron Manning y Davies revolver en mano, mirando a todos lados... Tras ellos, abrochándose los pantalones, aparecieron Mowery y Hutchins. Los cuatro se quedaron mirando a Dasch tendido en el suelo y vuelto hacia los arbustos.

—¿Qué demonios pasa? —aulló Mowery, sacando también su revólver—. Chesney, ¿qué estás haciendo?

—Pregúntaselo a Bailey —dijo secamente Dasch, sin dejar de mirar hacia los arbustos—. Me ha disparado, y le he visto cuando me he revuelto. Creo que le he herido.

—¿Estás loco? —farfulló Manning—. ¡Eso es mentira!

Dasch le miró un instante de soslayo, fríamente, y se puso en pie. No se molestó en contestar. Manning y Davies se metieron entre los arbustos, y reaparecieron arrastrando el cuerpo de Bailey.

—Está muerto —dijo Manning.

Davies mostró el revólver de Bailey.

—Estaba en el suelo..., y está caliente. Vamos a ver.

Abrió el cilindro, y comprobó que había gastado un cartucho. Mowery se acercó, tomó el revólver, lo miró, miró furiosamente a Bailey, y luego a Dasch. Finalmente, miró a Janice.

—¿Está usted bien, señorita Merrit? —gruñó.

Janice tragó saliva y asintió con la cabeza. No podía hablar. Todavía, con la imaginación, estaba viendo a Trevor Dasch realizando la veloz e implacable maniobra que sólo ahora comprendía. Pero estaba aterrada. Comprendía a Trevor Dasch pero estaba aterrada.

—¿Es cierto lo que ha dicho Chesney? ¿Bailey le disparó?

—Yo... Si... Bueno, sonó el disparo, y él se... se volvió y... y disparó también...

Hutchins tocó a Mowery en un brazo, y luego señaló al suelo, donde se veía claramente la señal de la bala que había rebotado. Mowery soltó otro gruñido, miró a Dasch, y masculló:

—Guarda ese revólver. Nos estás creando complicaciones, Chesney.

—¿Tenía que dejarme matar? —dijo secamente Dasch.

—Meted a ese idiota entre esas matas —señaló Mowery a Bailey— y larguémonos pronto de aquí. Llevadles, unas mantas a las chicas, y que vengan aquí. ¡Venga, tenemos que marcharnos!

El cadáver de Bailey fue igualmente saqueado antes de ser arrojado como simple basura entre los arbustos. Davies y Manning cogieron dos mantas y fueron a la orilla del lago, de donde regresaron con Helen y Lucy, envueltas en las mantas, y con los rostros lívidos y llenos de lágrimas.

—Venga, montad como podáis, que tenemos que irnos —dijo Manning, riendo—. Luego seguiremos con el juego. ¡Ahora ya estáis bien limpiatas!

En un minuto estaban todos a caballo, alejándose de la orilla del lago, buscando campo abierto, terreno más duro. Mowery dirigía de cuando en cuando una mirada entre burlona y furiosa a Trevor Dasch, que cada vez estaba más convencido de que el jefe de la jauría tramaba algo especial.

No hacía ni siquiera dos minutos que cabalgaban cuando oyeron, lejos, el repentino galope. Hutchins lanzó una exclamación, y señaló hacia el Sur.

—¡He visto un jinete! ¡Y él nos ha visto a nosotros!

—Maldita sea —aulló Mowery—. ¡Alcanzadlo!

Davies y Manning se lanzaron al galope hacia donde señalaba Hutchins, que se quedó, a un gesto de Mowery. En cuestión de segundos perdieron de vista a Manning y Davies, que descrestaron la suave loma amarillenta por donde había desaparecido el solitario jinete.

—Será mejor que los esperemos aquí —dijo Mowery—. Se bastan para un solo hombre.

La espera duró unos cinco o seis minutos. Y no regresaron los dos, sino solamente Manning, que llegó a todo galope y detuvo el caballo de un brutal tirón.

—¡Davies se ha quedado allá, vigilando! ¡Era un tipo que se ha metido en una casa, se ha encerrado dentro, y nos ha amenazado con dispararnos si no nos íbamos! Parece que vive solo, con siete u ocho vacas, y tiene algo sembrado. ¿Qué hacemos? ¿Voy a buscar a Davies, Wayne?

La expresión de Mowery era sombría.

—Ese hombre nos ha visto, ha visto a las mujeres... Si nos vamos, quizá corra a decírselo a alguien... Y hasta puede que haya estado viéndonos hace rato.

—Yo creo —gruñó Hutchins— que no nos habría visto si Bailey y Chesney no hubieran atraído su atención con los disparos. Sea como sea, ha debido ver a las muchachas.

—¿Y qué? —intervino Dasch—. ¿Acaso es algo extraño viajar con mujeres?

—No sabemos lo que ese hombre ha podido ver, aquí o en el lago —dijo Mowery—, de modo que vamos a por él. Pero haremos las cosas como yo

diga. No quiero más contratiempos. Guíanos, Manning.

* * *

El hombre se llamaba Teófilo, y la mujer, Dolores. Él era delgado y más bien menudo, y ella más alta, gorda, de carnes blanquísimas, enormes ojos negros.

Estaban los dos asustadísimos, y todavía se asustaron más cuando oyeron el galope de varios caballos, y, tras mirar por una rendija de la ventana, Teófilo dijo:

—Han venido todos... ¡Dios nos ampare!

—¡Si te hubieras quedado escondido en lugar de echar a correr! —gimió Dolores.

Teófilo no contestó, porque sabía que su mujer tenía razón. Pero él había tenido miedo de que le vieran, y, precisamente al querer quitarse de su posible camino, se había delatado. Ahora, con la vieja carabina en las manos, se sentía impotente, pues además de las mujeres estaba viendo cinco hombres. Y él sabía, o creía saber, qué clase de hombres eran aquéllos.

—Dos de las mujeres están envueltas en mantas —dijo, con voz aguda.

Dolores también miró, y vio a las muchachas envueltas en mantas, y a la otra, a la pelirroja que llevaba un bonito vestido blanco que parecía de novia.

Justo entonces, sonó la voz de uno de los recién llegados.

—¡Oigan, no deben temer nada! ¡Sólo queremos un poco de ayuda! ¡Hemos tenido un accidente! ¿Me oyen?

Dolores y Teófilo se miraron. Ella dijo, mirando a las dos muchachas envueltas en mantas:

—Tal vez sea verdad, Teófilo. ¡Mira cómo van esas pobres chicas!

—No me fío de ellos —vaciló Teófilo—. ¡No me gustan esos hombres, Lola!

—Oigan, ¿qué les pasa? —volvió a gritar el mismo hombre—. ¡Sólo les estamos pidiendo ayuda! ¡Si quisiéramos hacerles algún mal nos bastaría con quemar su casa!

—¡Virgen de Guadalupe! —gimió Dolores.

—¡Bandidos! —masculló Teófilo.

—Creo que debemos recibirles —dijo Dolores—. Si nos queman la casa tendremos que salir, y nos matarían de todos modos, si eso es lo que quieren hacer. Y si no quieren liada malo, ¿por qué hemos de hacerles enfadar?

La discusión entre marido y mujer duró unos segundos más pero Teófilo estaba vencido de antemano, porque sabía que ella tenía razón: si querían

matarlos, podían hacerlo después de quemar su casa. Y si no querían hacerles nada malo, ¿por qué arriesgarse?

Así que, dejando a un lado la carabina, que sabía que de nada le serviría una vez abierta la puerta, Teófilo se acercó a ésta y la abrió.

* * *

—¡Hombre! —se pasmó Manning—. ¡Los has convencido, Wayne!

—Tranquilos —gruñó éste—. No hagamos nada hasta que sepamos cuántas personas hay en la casa y qué clase de personas son. Ahí salen...

Habían desmontado, protegiéndose tras un viejo carro y el abrevadero, mientras Janice, Helen y Lucy permanecían a caballo bien a la vista, cómo elemento de convicción pacífica. Vieron salir al menudo mexicano y a la gordísima mexicana, pero todavía no salieron de sus coberturas, hasta que Hutchins, riendo, dijo:

—Sólo están esos dos, Wayne.

—Tú y Manning id a echar un vistazo a la casa, por si acaso.

—¿A eso llamas casa? ¡Es una maldita choza de unos malditos mexicanos! ¡Y me pregunto qué hacen en Texas!

—Ve a echar ése vistazo. Hutchins acompaña.

Los dos forajidos se acercaron a la casita, pasaron junto a sus propietarios, y entraron. Salieron a los pocos segundos llevando Hutchins la carabina de Teófilo, que alzó, riendo.

—¡No hay nadie más! —gritó.

Mowery sonrió, y miró a Dasch, que estaba junto a él.

—Bueno, Chesney, haz algo: mata a esos dos.

—De acuerdo —asintió Dasch—. Pero no sé si te has fijado en lo gorda que está esa mujer.

—¿Qué quieres decir?

Trevor Dasch guiñó un ojo.

—Hombre, vosotros os habéis estado divirtiendo hasta ahora, y yo no. A mí me gustan las gordas..., y ahí tengo una. ¿Puedo divertirme yo también o no?

—¡Seguro que sí! —estalló en risas Mowery—. Está bien, mata al hombre y tírate a la mujer.

—Quiero hacerlo a mi manera. ¿Puedo?

—¿Qué manera es ésa?

—Yo disfruto más cuando le hago la puñeta a alguien. Me gustaría que el marido lo viera, antes de matarlo.

—Coño, eres todo un puerco, ¿eh? —Mowery volvió a reír—. Está bien, hombre, está bien. Tú diviértete, mientras nosotros echaremos un vistazo a la casa y por aquí fuera. Si hay algo de valor, nos lo llevaremos.

Dasch asintió, y se puso en pie tras el abrevadero. Miró un instante a Janice y a las otras dos, que le miraban con los ojos muy abiertos. Trevor Dasch se acercó a la casa, y nada más llegar ante Teófilo, le disparó un tremendo puñetazo al estómago que derribó al mexicano casi desvanecido. Dolores lanzó un alarido de angustia y rabia, y se abalanzó contra Dasch, que, riendo, la esquivó fácilmente, la agarró por la cintura, y se la cargó en un hombro como si tal cosa, dirigiéndose hacia la puerta. Mowery estalló de nuevo en carcajadas, y los demás le imitaron.

—¡Vaya, Chesney, al fin encontraste una gorda! —rió Davies—. ¡Qué te diviertas!

—Traedme al hombre —pidió Dasch.

Davies agarró a Teófilo por un pie y lo arrastró hacia el interior de la casa, mientras el menudo mexicano se debatía en vanos intentos de soltarse, pues Manning se apresuró a ayudar a Davies.

La casa era verdaderamente poco digna de ese nombre, pero tampoco era propiamente una choza. Tenía un pequeño recibidor-cocina-comedor, y dos pequeños cuartos al fondo. Dasch había entrado en uno de éstos, con Dolores pataleando sobre su hombro, y al ver la gran cama descargó en ella a la mujer, que intentó salirse..., pero se detuvo en seco cuando el revólver de Dasch se apoyó en su nariz.

—Te lo voy a decir sólo una vez, gorda —masculló Dasch—: estáte quietecita y haz lo que yo te diga, o mato a tu marido y luego te corto el cuello a ti. ¿Lo entiendes? ¿Me entiendes?

Dolores asintió, aterrada, fija su mirada en la cicatriz en el rostro de Trevor Dasch, en sus fríos ojos grises. Teófilo se había recuperado bastante, y maldecía en español, pero, a indicaciones de Dasch, Davies y Manning lo amarraron a una silla, sin dejar de reír.

—Y ahora, tú, gorda, desnúdate. ¡Vamos, desnúdate completamente, o le meto un par de balas en los huevos a tu marido!

Dolores comenzó a sollozar y a hipar desconsoladamente, pero, al mismo tiempo, comenzó a desnudarse, Davies y Manning la miraban como fascinados. Dolores era gorda, cierto, casi enorme. Pero, a medida que la iban viendo desnudarse el interés de los forajidos aumentaba. La mujer tenía unos

pechos sencillamente fantásticos, y unas caderas sensacionales. En cuanto a su carne, era tersa, maciza, y de una hermosa blancura sencillamente impresionante.

—Coño, Chesney —masculló Manning—, ¡ahora empiezo a comprenderte, tú!

—Fuera de aquí —gruñó Dasch—. Me gusta que lo vea el marido, para fastidiarlo, pero no quiero que vosotros os quedéis.

—Hombre, no seas así... ¿Qué más da? —protestó Davies.

—¡Largo de aquí! Venga, id a ayudar a Mowery. ¿Acaso os he molestado yo mientras vosotros os divertíais?

Los empujó hacia la puerta, los sacó de la habitación, y cerró la puerta. Refunfuñando, Davies y Manning salieron de la casa, y todavía estaban buscando a Mowery y a Hutchins cuando comenzaron a oír los gritos de Dolores.

—Pues te diré una cosa —gruñó Davies— cuando Chesney termine voy a entrar yo. ¡Está muy buena esa gorda!

—Yo también me la tiraré —aseguró Manning—. ¡Y delante del marido, oye esto sí que tiene gracia! Mira, están allá.

Se dirigieron hacia un cobertizo en el que ahora se oía cacareos de gallinas y risas de hombre, pero sin dejar de oír los gritos de Dolores, Hutchins salía del cobertizo, cargado con algunos huevos, cuando ellos llegaban.

—¡Hey mirad esto! ¡Huevos frescos!

Dolores había dejado de gritar. Manning y Davies se miraron, se guiñaron un ojo, y entraron en el gallinero. Allá estaba Mowery bebiéndose un huevo crudo, contemplado por las tres muchachas con un claro gesto de repulsión, pues parte de la yema se le deslizaba por la barbilla. Mowery dejó de beber huevo, y los miró con el ceño fruncido.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Y Chesney?

—Se está tirando a la gorda. ¿No has oído sus gritos?

—Sí. Ya, bueno, está bien... Matad unas cuantas gallinas, y nos las llevaremos. Así tendremos carne fresca: Y recoged todos los huevos que haya. Voy a ver si Hutchins ha encontrado un cesto, o algo para llevar los huevos. Que no salgan de aquí las chicas.

Davies y Manning asintieron, sacaron los revólveres, y comenzaron a disparar. Janice, Helen y Lucy cerraron los ojos, sintiendo náuseas y terror como nunca cuando vieron cómo las cabezas de algunas gallinas reventaban espantosamente bajo los impactos de las balas. Algunas balas acertaron los

cuerpos que estallaron en plumas y sangre. El cacareo de las supervivientes era enloquecedor. Janice y sus amigas comenzaron a gritar, histéricas, llevándose las manos a las orejas. Y de pronto, la salvajada terminó. Davies y Manning, riendo, repusieron los cartuchos gastados, y miraron burlonamente a las prisioneras.

—Espero que sepáis cocinar gallinas —dijo Davies.

Rompieron de nuevo a reír. Sacaron fuera las gallinas muertas, decapitadas atrocemente, y luego entraron para buscar los huevos que no había recogido Hutchins. Cuando salían de nuevo, vieron a Dasch en la puerta de la casa. Haciéndoles señas, riendo.

—Ve a ver qué quiere —dijo Davies.

Manning echó a correr torpemente hacia la casa, y llegó sonriendo, pues Dasch estaba riendo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Oye, ¿queréis divertirlos de verdad? —propuso Dasch—. Traed a las chicas al dormitorio, y así ellas van a aprender algo que os gustará mucho para cuando os las tiréis... ¡Vaya con la gorda! Ve a por las chicas, te va a encantar.

—Bueno —titubeó Manning—, podemos traer a dos, pero no a la pelirroja, ya sabes.

—Pues traed a las dos, hombre —rió Dasch—. ¡Es lo más divertido que me ha ocurrido nunca! ¡Os vais a morir de gusto!

Manning regresó junto a Davies, discutieron un poco, y, finalmente, entraron en el gallinero en busca de Helen y Lucy a las que sacaron a tirones de manta.

—¡Hey, Wayne! —gritó Davies—. ¡Te dejamos a la señorita Merrit en el gallinero!

—¿Qué pasa? —apareció Mowery, seguido de Hutchins; éste con un cesto, aquél con un montón de tomates en los brazos.

—Vamos a la casa a divertirnos con Chesney. Dice que la gorda tiene habilidades especiales, y queremos que las chicas las aprendan.

—Ahora vamos a veros —rió Hutchins.

Los dos asintieron, y segundos después entraban en la casa, llevando por delante a Lucy Abbot y Helen Braxton.

CAPÍTULO VIII

—¡Eh, Chesney! —llamó Manning, entrando.

—¡Venid al dormitorio! ¿Traéis a las chicas?

—¡Seguro que sí! —rió Manning, empujando a Lucy.

Davies empujó a Helen, y éstas entraron en primer lugar en el dormitorio. Tras ellas, los dos forajidos, que contemplaron lúbricamente a Dolores, tendida desnuda en la cama y llorando, encogida...

Y eso fue todo lo que pudieron ver.

Davies recibió en pleno mentón el tremendo rechazazo de Dasch, puso los ojos en blanco, chocó contra el canto de la puerta, y cayó de bruces, sin sentido. Manning respingó, miró enseguida a Dasch, con ojos llameantes, y bajó la mano hacia el revólver... Teófilo saltó desde la silla hacia él, y antes de que Manning saliera de su nuevo desconcierto al ver libre de ataduras al mexicano, éste le degolló limpiamente con una certera cuchillada que casi decapitó al yanqui y poco menos que le hizo saltar los ojos de las órbitas. El cuerpo, con la cabeza tronchada, se fue hacia atrás, y rebotó con apagado sonido en el piso de tierra. Lucy Abbot se desmayó. Helen Braxton cayó de rodillas, y comenzó a llorar histéricamente, ocultando el rostro con las manos. Dasch asió por los pies a Manning, y tiró de él, metiéndolo en el dormitorio, dejando un brochazo de sangre en el suelo.

—Cierre la puerta —susurró.

Teófilo obedeció prestamente, dejó caer el cuchillo y corrió hacia la cama, para abrazar a su mujer, que ahora lloraba de verdad. Dasch los miró con irritación.

—Lo han hecho bien hasta ahora —masculló—. No se me atenten en el último momento. Usted vístase, señora, pero usted venga a ayudarme a atar a este hombre. Utilizaremos una sábana. ¡Vamos!

—Estas pobres señoritas... —jadeó Teófilo.

—Déjelas llorar. Es lo único que pueden hacer ahora.

Teófilo hizo tiras una sábana mientras su mujer se vestía rápidamente. Todavía tuvo tiempo de ayudar a su marido a atar sólidamente al desvanecido

Davies, mientras murmuraba palabras de agradecimiento a Dasch, que finalmente soltó un gruñido.

—Todo tiene un límite —masculló—. No podía permitir que los asesinaran. Y ya es suficiente, señora. Átenlo bien, porque me gustaría conservarlo vivo, para...

—¡Manning! —tronó la voz de Mowery al otro lado de la puerta—. ¡Chesney, Davies!

—Usted dispone ahora de dos revólveres —susurró Dasch, mirando a Teófilo—. Utilícelos si es necesario, pero no salgan de aquí a menos que sea inevitable. ¡Y no dejen salir a las muchachas!

Se irguió, se acercó a la puerta y la abrió, componiendo una sonrisa hipócrita..., pero en el acto se dio cuenta de que acababa de cometer un error. Había olvidado el manchurrón de sangre dejado en el piso por Manning fuera del dormitorio..., y Hutchins, acuclillado, lo estaba mirando, mientras, cerca de la puerta, Mowery miraba hacia el dormitorio hoscamente.

—Oye —empezó Hutchins—, ¿qué significa esta sang...?

Las palabras de Hutchins terminaron en un grito de sobresalto cuando vio el inicio del movimiento de la mano derecha de Dasch hacia su revólver. Al tiempo que gritaba, Hutchins llevaba también la mano a su revólver y se ponía en pie de un salto.

Pero la bala de Dasch no era para él, sino para Mowery, que también había empezado a sacar su revólver.

Todo sucedió en menos de un segundo.

Mowery disparó contra Dasch, al tiempo que saltaba hacia fuera de la casa, y Dasch se dejó caer de costado, rígida su pierna, al tiempo que disparaba sobre Mowery. Los dos fallaron. La bala disparada por Mowery perforó la puerta del dormitorio, provocando un alarido de susto en Dolores, mientras la de Dasch pasaba zumbando por un lado de la cabeza de Mowery, que si no hubiera saltado hacia atrás habría muerto en aquel instante.

Quien murió fue Hutchins, que se había apresurado a sacar el revólver, encarándose a Dasch. Éste no le dio tiempo a disparar. Desvió su línea de tiro y apretó el gatillo, una milésima de segundo antes que Hutchins.

Fue suficiente. Hutchins pudo disparar, pero su bala fue al suelo, donde se hundió, mientras la de Dasch se clavaba en su frente y salía por la coronilla llevándose el sombrero y pegotes de cabellos y sangre. Hutchins se derrumbó grotescamente, y quedó cara al techo, con el revólver todavía en la mano y una horrenda expresión de furia y miedo en sus barbudas facciones.

—¡Hutchins! —se oyó fuera la voz de Mowery—. ¿Le has matado? ¡Hutchins!

Dasch apretó los labios y se puso en pie lentamente. Si Mowery seguía llamando a Hutchins le iba a localizar fácilmente, y entonces le iba a hacer callar... para siempre.

Pero esperó en vano que Mowery volviera a hablar. Y, al poco, oyó el galope, alejándose. Dos caballos, por lo menos. Dasch lanzó una maldición, y salió rápidamente de la casa, renqueando... Todavía pudo ver a los dos jinetes, alejándose. Distinguió perfectamente a Mowery, pero, todavía mejor, a Janice Merrit, que galopaba junto al forajido.

—¡Chesney! —le llegó la voz furiosa de Mowery—. ¡Mataré a la chica si me persigues! ¡Pero volveremos a vernos!

Dasch miró hacia donde habían quedado los restantes caballos, y pareció dispuesto a salir en pos de Mowery y Janice, pero, de pronto, sonrió secamente, y se encaminó despaciosamente hacia los caballos, que fue recogiendo y llevando hacia la casa. Una vez todos trabados al atamulas, Trevor Dasch entró en la casa, y fue directo al dormitorio.

—Soy yo —dijo en voz alta—. Voy a entrar, todo está bien.

—Pase, señor —oyó la voz de Teófilo.

Empujó la puerta y entró. Helen y Lucy había recuperado una momentánea serenidad, ya vuelta en si la segunda. Se quedaron mirándolo en silencio, encogidas, temerosas. Estaban sentadas juntas en el suelo, todavía envueltas en las mantas. Dasch se acuclilló ante ellas y forzó una sonrisa lo más afectuosa que pudo.

—Ya están a salvo —murmuró—. Siento no haber podido hacer otra cosa por ustedes.

—¿Y Janice? —tartamudeó Helen—. ¿Qué le ha pasado, dónde está...?

—Se la ha llevado Mowery, pero no se preocupen por ella. Mowery no le hará mal alguno. ¿Ustedes están bien? Bueno, quiero decir... En fin, si necesitan un médico, podemos llegarnos a Comstock, que está bastante cerca, y allá compraríamos ropas, y...

No dijo más, porque las dos muchachas, como puestas de acuerdo, rompieron a llorar estruendosamente, pero ahora sin histerismos, como si el llanto se llevara toda la congoja, el miedo, el espanto de los malos días pasados con la jauría salvaje.

Dasch comprendió que no podría seguir conversando con ellas, se puso en pie, y miró a Dolores, cuyo rostro reflejaba una gran pena.

—¿Puede usted cuidar de ellas, señora? Su marido y yo tenemos otras cosas que hacer.

—Pobres niñas, pobrecitas... Yo cuidaré de ellas, señor, ¡quede tranquilo!

Dasch asintió; señaló a Davies, que estaba ya despierto y mirando con odio a Dasch, y le agarró de un pie. Teófilo lo agarró de otro, y lo arrastraron hasta el porche. Dasch pidió una soga al mexicano, y cuando éste se la entregó la pasó por uno de los postes del porche con techado de paja, y se colgó de ella.

—Resistirá —dijo—. ¿Sabe usted hacer un lazo corredizo?

—Sí, señor —gruñó Teófilo—, si sé.

—Hágalo.

La alarma comenzó a sonar en la mente de Davies, que se quedó mirando con expresión desorbitada a Dasch cuando éste le señaló al terminar el lazo el mexicano.

—Póngaselo.

—Sí, señor, con muchísimo gustito señor, se lo pongo, ya lo creo que se lo pongo...

—Maldito seas —jadeó Davies—. ¿Qué vas a hacer?

—Te voy a ahorcar, Davies. Es lo que mereces. Pero podemos hacer un trato.

—¿Qué trato?

—Si no me dices adónde ha ido exactamente Mowery, te ahorcaré. Si me lo dices, te soltaré, te devolveré tu revólver y te daré la oportunidad de salvar tu asquerosa vida.

—¿Mano a mano tú y yo? —susurró Davies.

—Ya te lo he dicho.

—Acepto.

—No podía ser de otro modo —dijo fríamente Dasch—. Bien, ¿adónde ha ido?

* * *

Veinticuatro horas más tarde, los dos jinetes se detenían en la cresta de la loma y miraban hacia la casita que se veía a poco más de media milla, al fondo del vallecito. Uno de los jinetes era Biltmore, el séptimo perro de la jauría, que regresaba para reunirse con sus compañeros.

—Bueno —sonrió—. Ya hemos llegado. Y estamos a salvo, en México. Mientras usted se queda aquí, nosotros volveremos para cobrar el rescate.

El otro jinete no contestó. Simplemente, espoléó a su caballo, y el animal emprendió el descenso hacia el vallecito. Estaban ya muy cerca de la casa cuando ambos vieron salir de ella a un hombre. Biltmore lo identificó en el acto.

—Es Mowery. Los demás deben estar dentro.

Encerrada en una habitación de la casa, Janice Merrit oyó las voces al otro lado de la puerta, y supo que alguien había llegado. La ventana estaba sellada con gruesos tablones, y la puerta cerrada con llave por fuera: Sabía que no podía escapar de ninguna manera, pero sí podía oír. Se acercó más a la puerta, puso una oreja en la madera. Seguía oyendo las voces, un poco mejor, pero no conseguía entender las palabras, ni identificar las voces, que eran apenas murmullos.

Lo que sí oyó nítidamente, de pronto, fueron los dos disparos. Y casi enseguida, dos más, un poco más espaciados. Se había llevado las manos a la boca y retrocedido un par de pasos..., y aún retrocedió más, aterrada, cuando oyó las recias pisadas acercándose a la puerta del dormitorio.

Así estaba, encogida, con las manos en la boca, cuando oyó girar la cerradura. La puerta se abrió, y entró un hombre. La más grande expresión de sorpresa, y enseguida de alivio, apareció en el rostro de Janice Merrit, que tardó unos segundos en poder exclamar.

—¡Señor Barfield! ¡Oh, Dios mío!

Y sin pensarlo más, corrió hacia su vecino, amigo, y siempre simpático y galante George Barfield, que abrió los brazos y la acogió en ellos, sonriendo. Abrazada a Barfield, Janice comenzó a intentar explicar lo sucedido, pero sólo conseguía tartamudear. Por fin, Barfield, riendo amablemente, le dio unos golpecitos en la espalda.

—Bueno, bueno, querida, ya pasó todo... ¿Le han hecho a usted algo... malo?

—No, no —se apartó un poco Janice para mirarlo a los ojos—. ¡Pero a Helen y a Lucy las...! ¡Dios mío, ha sido horrible!

—¿Pero a usted no le han hecho nada, querida?

—No, a mí no. Y no lo comprendo...

—Entonces, ¿sigue siendo virgen, supongo?

Janice miró con súbita sorpresa al señor Barfield, vio su sonrisita y, de pronto, sintió que el vello de su nuca se erizaba.

—Su pregunta es... es... ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido usted dar conmigo?

—Porque esta casa es mía, querida —rió Barfield.

—¿Suya? Pero Mowery dijo... dijo que esta casa era... de un amigo suyo...

—No tan amigo como él creía. Aunque si hubiera hecho las cosas bien, a estas horas estaría vivo y a punto de cobrar una buena cantidad de dinero.

—¡No... no entiendo...! No comprendo nada.

—Nada más llegar, Mowery me ha explicado los contratiempos que ha tenido, todos ellos debidos a un solo hombre..., al que debieron matar en la cuadra del rancho de usted. Se lo ordené bien claramente. Le dije que encontrarían en la cuadra a un sujeto barbudo, rubio, al cuidado de los caballos, y que debían matarlo. Pero Dasch debió esconderse tan bien que creyeron que había escapado al verlos a todos, y se fueron dejándolo vivo. Luego, cuando lo encontraron, y vieron que cojeaba, supieron que era él... Es decir, lo supo Mowery, que era con quien tuve tratos. Y; en lugar de matar a Dasch, quiso divertirse primero, así que lo admitió en la banda, y se fue divirtiendo con sus mentiras, y cuando mató a uno de sus hombres y luego a otro... Así serían menos para repartir los veinticinco mil dólares. Es decir, la mitad que obtendrían por el rescate de ustedes tres. ¿Se encuentra bien, querida?

Janice se había apartado de Barfield y retrocedió hasta que sus piernas tropezaron con la cama, en cuyo borde se sentó. George Barfield se quitó la elegante chaqueta, y la colgó en una percha.

—Me parece que ya lo ha entendido, ¿verdad? Mowery y sus amigos se habrían quedado veinticinco mil dólares, y yo los otros veinticinco mil. Todos ellos, procedentes del rescate de ustedes tres.

—Usted... usted... preparó todo... todo esto...

—Por supuesto. Estoy loco por usted, y además quería ser el propietario de los ranchos de Braxton y Arlington, pero ellos no querían ni oír hablar de vender. Del mismo modo que usted se habría reído si yo la hubiese pedido en matrimonio, ¿verdad? Y sin embargo, la amo de verdad, Janice.

—¡Mentira...! ¡Mentira!

—Bueno, digamos que la deseo... ansiosamente —sonrió de nuevo Barfield—. De modo que lo organicé todo: contraté a Mowery, le dije cuándo podía dar un buen golpe, y llegamos a un acuerdo total. Él debía matar a Dasch, que me era profundamente antipático porque usted lo miraba de un modo... especial. ¿O estoy equivocado?

—No está equivocado —jadeó Janice—. Es cierto, estaba enamorada de Trevor casi desde que le vi... ¡Y ahora todavía lo estoy más! ¡Sí, le quiero a él, a él! ¡Le amo!

—Me doy perfecta cuenta de que quiere herirme, Janice —susurró Barfield, lívido—. Pero no me importa. Lo que quería lo voy a conseguir. Siguiendo mis órdenes, Mowery y sus hombres mataron a Henry Braxton y a los Arlington, así que cuando yo regrese a Sheffield, les compraré el rancho a sus viudas. Y en cuanto a usted..., ¡también la voy a tener!

—No se acerque —jadeó Janice, lívida—. ¡No se acerque, no me toque! ¡Trevor le matará!

—¿Sí? ¿Cuándo y cómo? Es cierto que lo ha desorganizado todo, por culpa de ese estúpido de Mowery, al que he tenido que matar, como al otro idiota que me ha acompañado. Si hubieran hecho las cosas bien, pronto cobraríamos cincuenta mil dólares, y habríamos seguido haciendo... negocios interesantes. Pero ahora sé que todos los hombres de la banda de Mowery han muerto a manos de Dasch, y que tiene a las otras dos muchachas, las devolverá a sus casas, claro... Todo estropeado, porque mi idea era cobrar el rescate, pero no devolverlas a ustedes nunca. A ellas, porque las habrían matado cuando se hubieran aburrido de jugar, a usted porque en todo momento la tenían que guardar para mí. Por eso no la han molestado, porque eso quedó bien claro cuando hice el trato con Mowery. Así que ahora, mi preciosa Janice, usted va a ser para mí..., y nuestro amor durará hasta que yo decida regresar a Sheffield, asegurando que mis negocios aquí ya han sido resueltos. Me gustaría tenerla siempre a mi lado..., o al menos bastante tiempo, pero sé que usted no estaría conmigo a las buenas..., y, por supuesto, en cuanto llegásemos a Sheffield diría que yo la había violado, y que era quien lo había preparado todo. De modo que... tendremos una luna de miel a mi manera, y luego yo volveré a Sheffield... solo.

—Asesino... ¡Es usted un asesino! —sollozó Janice—. ¡Un miserable canalla asesino...!

—Y un violador —rió Barfield—. Porque, amada mía, a partir de este momento nos esperan días de amor, los dos solos en este apartado lugar...

—¡Trevor le matará!

—Olvídese de ese maloliente personaje. Ha conseguido mucho, pero jamás nos encontrará. Y ahora, querida, ¿qué prefiere? ¿Ser amable y cariñosa de buen grado... o que la trate rudamente?

—No se acerque más... ¡No me toque!

—Vamos, Janice, amor mío, sé juiciosa —sonrió lujuriosamente Barfield—. Es mejor que te desnudes tú, que seas complaciente y sumisa. ¿No comprendes que de otro modo será peor? Sí, creo que debes empezar a

desnudarte... ¡Estoy loco de impaciencia por ver tus hermosas formas, morder tus carnes...! ¡Desnúdate!

—No... ¡No!

—Puedes gritar cuanto quieras —gruñó Barfield—, porque nadie te oirá. ¡Y si lo prefieres así, así será! ¡No me importa cómo te tenga, pero te tendré, como siempre he deseado...!

—¡No me toque...! ¡Cerdo, canalla...!

—¡Ven aquí!

Janice intentó zafarse de Barfield, pero éste la asió de la ropa. El blanco vestido se desgarró, y también se desgarró la ropa interior cuando Janice dio otro tirón para soltarse, cosa que consiguió. Parte de la ropa quedó en las manos de Barfield, que se quedó mirando con ojos relucientes a la muchacha, encogida en un rincón, ocultando los pechos con las manos.

—Ven que los muerda —jadeó Barfield—. Ven aquí, amada mía...

Se acercó a ella. Janice retiró las manos, dejando visibles los pechos, y las puso ante ella.

—Si se acerca a mi..., le... le sacaré... los ojos...

Barfield se echó a reír, temblando todo él de deseos, de lujuria largo tiempo contenida, de brutales ansias de aquel hermoso cuerpo que tan cerca tenía ¡por fin!, y a su completa disposición, a las buenas o a las malas.

—¡Le sacaré los ojos! —chilló Janice—. ¡No se acerque a mí, o le sacaré los ojos, miserable...!

—Hagas lo que hagas, voy a tenerte en mi...

—Señor Barfield.

Por un instante, George Barfield quedó aturdido por la intervención de aquella nueva voz, seca y fría, que había sonado tras él. Tardó un par de segundos en asimilar el hecho de que la puerta del dormitorio se había abierto, y que alguien más entraba en juego. Oyó el grito de Janice, vio su rostro súbitamente resplandeciente de alegría, y entonces se volvió rápidamente..., chillando de rabia al recordar que había dejado afuera el revólver con el que había matado y rematado a Mowery Biltmore.

Desencajado el rostro por el odio brutal que sentía en aquel momento, se dispuso a saltar contra Trevor Dasch, pero éste, sin inmutarse en absoluto, inescrutable el rostro, no le dio tiempo a nada. Simplemente, disparó dos veces su revólver, y George Barfield cayó primero de rodillas, y luego de costado, aullando espantosamente bajo el terrible dolor de sus rodillas destrozadas.

—No le mato —dijo Dasch— porque no quiero volver a la cárcel por un tipo como usted. Pero sobre todo, porque quiero que sea juzgado y ahorcado.

—¡No! —chilló Barfield—. ¡No! ¡Máteme, prefiero que me mate, máteme, máteme...!

Trevor Dasch se acercó a él, cojeando, y se quedó mirándolo. De pronto, su pie golpeó en la mandíbula a Barfield, que puso los ojos en blanco y se desvaneció. Trevor Dasch enfundó el revólver, y miró a Janice Merrit.

—¿Está usted bien, señorita Merrit? —susurró—. Janice pudo reaccionar por fin. Echó a correr hacia Trevor Dasch, con las manos tendidas hacia él, sin importarle que Dasch viera sus pechos, ni las pecas... Lo único que quería era abrazarse al tejano.

Y cuando lo hizo, estalló, por fin, en un desbordante llanto.

ESTE ES EL FINAL

—Es una canallada lo que va a hacer usted conmigo, Trevor Dasch —musitó Sidney Merrit, convaleciente y fuera ya de peligro en su lecho—. ¡Una maldita y cochina canallada!

—No le comprendo, señor Merrit —dijo Dasch, de pie junto a la cama del herido—. Todo lo que he dicho es que vengo a despedirme de usted. No veo la canallada por parte alguna.

—Escuche, muchacho, a las personas se las conoce con el trato, ¿no es así? Yo no sabía nada de usted, llegó aquí en busca de trabajo, y se le dio. ¿Le traté mal alguna vez?

—Desde luego que no, señor Merrit. Pero...

—Luego, cuando usted regresó con mi hija, yo habría dado mi viejo pellejo por usted. Janice me ha contado toda su historia, la conocen todos ahora. Yo la he creído, y después de lo que usted ha hecho, la han creído todos. Todos. No hay nadie, en éstos momentos más admirado y querido que usted en todo el condado... ¡Y ahora se dispone a hacerme esta canallada!

Sólo he dicho que me voy, señor Merrit —gruñó Dasch.

—¡Lo he oído! ¡Y se lleva a mi hija, lo mejor que tengo!

—Claro que no —palideció Dasch—. Se equivoca, yo no...

—¡No estoy hablando de usted, sino de ella! ¡Me dijo bien claramente ayer por la noche que si usted se iba, ella le acompañaría! No importa adónde vaya usted, ella le seguirá... ¡Y yo me quedaré sin mi única hija, viejo, con un rancho formidable que no podré poner en manos de nadie...! ¡Maldito sea, muchacho!, ¿no es esto una canallada?

—¿Su hija... le ha dicho... que me seguiría?

—No es usted muy listo, ¿verdad? —farfulló Merrit—. ¡Y no se toque esa estúpida cicatriz! ¡Y olvídense de esa pata coja que el diablo se lleve! Le dijo usted a Janice que no podía cabalgar ni diez millas con esa pata coja, y resulta que ha cabalgado más de cien con esa maldita jauría de asesinos... ¡Así que esa pata no tiene nada de nada!

—Le aseguro, señor Merrit, que lo he pasado muy mal por culpa de esta pata que no tiene nada, según usted. Es sólo que...

—Que usted ama a mi hija, y le importó un pimiento su maldita pata, y tener que afeitarse para que le vieran bien su estúpida cicatriz... ¡Y ahora que ella está loca por usted, se va! ¡Maldito sea!

La puerta de la habitación se abrió, y entró Janice, visiblemente pálida.

—Papá, estás gritando demasiado, te estás excitando...

—¡Este idiota dice que se va!

—Sí, lo sé. He visto su caballo preparado, y ya he preparado el mío.

Uriah Chesney, o Trevor Dasch, se quedó mirando fijamente a Janice Merrit. Era como si estuviese viendo sus pechos aquella mañana, recordaba cómo se había abrazado a él, sentía todavía el calor de su cuerpo... Pero ¿acaso no había sido la reacción lógica en una muchacha salvada en un momento angustioso?

—Su padre dice que usted me ama, señorita Merrit.

—¡Oh, por Dios, no puedes ser tan tonto, Trevor! —exclamó Janice—. ¿Tenía que decírtelo él? ¿Tú no lo veías...? ¡Y no te toques esa estúpida cicatriz!

—Me parece —sonrió Trevor— que tienes tan mal genio como tu padre.

—Sólo con los tontos —dijo Janice.

Trevor se acercó a ella, la abrazó por la cintura y la atrajo. El rostro de Janice pareció llenarse de luz, sus labios se entreabrieron. Dasch se inclinó hacia aquella boca que se lo ofrecía todo...

—¡Eso sí que no! —aulló Sidney Merrit—. ¡A besarse, fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Maldita sea mi estampa...!

FIN